

La Ilustración Artística



AÑO XXV

← BARCELONA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1906 →

NÚM. 1.289



EL BESO, cuadro de Tony Tollet.
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Un hombre celoso*, por Evelyn Cuthbert. — *La revolución en Rusia. Atentado contra Stolypine*. — *Bellas Artes*. — *Problema de ajedrez*. — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (continuación).

Grabados.— *El beso*, cuadro de Tony Tollet. — *Alfredo Stevens*. — Dibujos de C. T. Howard que ilustran el artículo *Un hombre celoso*. — *La expedición de Welmann al Polo Norte en globo*. — *La Caridad*, estatua de Agustín Querol. — *La revolución en Rusia. Stolypine y su esposa*. — *Aspecto del coche que condujo a los terroristas después de lanzar la bomba contra la casa de Stolypine*. — *El vestíbulo de la «villa» habitada por Stolypine*. — *Desterrados políticos camino de Siberia*. — *La reconciliación de Esaú y Jacob*. — *Los presidentes del gremio de los pañeros*, cuadros de Rembrandt. — *Las regatas de Evián*. — *París. Carrera de automóviles organizada por «Le Matin»*. — *Barcelona. Regreso de las colonias escolares*. — *Beziere. Representación de «La Vestale» en las Arenas*. — *Interlaken (Suiza). Reloj de flores del Parque*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como no ignora nadie que se estime, los Estados Unidos son el país donde suceden todas las cosas raras y se producen los tipos de originalidad en el modo de pensar y de proceder. Estos días me encuentro en relación transitoria con uno de ellos, el millonario James Carleton Young.

Erase un señor que tenía el gusto de hacer frecuentes viajes á pie por Europa. Durante una de sus peregrinaciones á través del Atica, algo rendido de tanta caminata, se detuvo en Atenas á fin de tomar descanso. Y en una hermosa tarde de junio, hallándose entregado á sus meditaciones en la Acrópolis, tuvo la inspiración de la biblioteca que debía fundar. Pensando en las maravillosas esculturas de la antigua Grecia, hoy dispersas por los Museos de Europa y que él hubiese deseado ver reunidas en la misma capital de la Grecia heroica, adoptó la resolución de componer una biblioteca que fuese esplendoroso testimonio de admiración hacia un arte más alto, más divino que la escultura: la literatura.

Para este objeto resolvió juntar bajo un techo mismo, en su admirable y amada ciudad de Minneapolis (Minnesota), las obras más notables de los mejores escritores vivos de todos los países del mundo, en toda lengua. Cada obra deberá llevar una dedicatoria autógrafa del autor, que resuma el peculiar carácter de sus aptitudes. Si se trata de un poeta, debe escribir un poema corto. Si un novelista, una confesión autobiográfica-literaria: cómo pensó el asunto, cómo estudió á los principales personajes. Si historiador, deberá anotar algún detalle curioso del período histórico á que el libro se refiere. Si biógrafo, alguna anécdota sobre la vida del personaje á quien biografía. Si viajero, alguna entretenida particularidad de las comarcas que haya visitado. Si teólogo, una alusión á los dogmas y ritos de la religión que profesa. Si filósofo ó sabio, un resumen de los hechos observados ó de las teorías profesadas. De este modo— advierte Carleton—el ejemplar será en cierto modo único, y llevará en la frente, por decirlo así, la garra de su autor.

Realizar la empresa no era tan sencillo como parece. Recoger los libros, preparados en la forma que el aficionado deseaba, pedía tiempo, dinero y paciencia—lo que toda empresa humana pide.—El dinero sabemos que es una droga yanqui, pero la paciencia no sabíamos que fuese la principal virtud de este pueblo improvisador. Sin embargo, toda persona ó colectividad enérgica es paciente á punto. Carleton, como primera providencia, se agregó cuatro excelentes colaboradores, que se repartieron el trabajo de un modo racional, y no cesarán hasta llevar á término la empresa. Entre tanto, Carleton sigue viajando por Europa y Asia, con objeto de enriquecer su colección, y nos entera de que en cada país deja formado una especie de comité, compuesto de todos los críticos literarios de autoridad. El oficio de tales comités es elegir, entre las producciones literarias de su patria, las mejores y más dignas de figurar en la biblioteca ideal del aficionado.

Porque Carleton no quiere broza. Arguye él que, así como en los Museos no se admite lo primero que llega, y se depura cuidadosamente el mérito y autenticidad de cuadros, estatuas, tallas y esmaltes, en la biblioteca conviene escoger también, y con detención y gusto. Al objeto de reunir y guardar convenientemente su tesoro, Carleton proyecta construir en Minneapolis un edificio á prueba de fuego, donde instalar la colección reunida. La biblioteca tendrá su personal, adscrito en debida forma, y el público entrará libremente á admirar tantas riquezas y curiosidades.

Su dueño entiende, y así lo declara, que es un deber grato hacer á la multitud participe de los beneficios y los goces de la iniciación en la vida altamente intelectual de nuestra época, y que sería egoísta quien no lo realizase, y ocultase celosamente sus libros.

Otra opinión del infatigable coleccionista es que los autores son muy amables, y más amables cuanto más renombrados y famosos. Es en extremo lisonjero para nosotros, los literatos, que Carleton nos tenga por las gentes más nobles, desinteresadas y simpáticas del mundo, con raras excepciones. Al leer esta afirmación del original coleccionista, no pude menos de meditar breves instantes; y después, alzando los hombros, murmurar ese «quizás» en que se resume la substancia de largas reflexiones sobre lo contradictorio de la psicología...

Y ved como el norteamericano cuyos intentos fiero camina hacia una especie de inmortalidad, al coleccionar la inmortalidad (permítase la frase) de otros. El *Sheridans men and women*, revista ilustrada que ve la luz en Nueva York, trae su retrato y le otorga el título de *rey del libro*, más honroso que el de *rey del petróleo* y *rey del mercado de carnes*, atribuidos á compatriotas de este bibliófilo, que á los cuarenta años es dueño de la biblioteca más notable del orbe, centenares de miles de volúmenes. Por cierto que semejante dato me sobresalta un poco. ¿Cabe en lo factible reunir una biblioteca de cientos de miles de volúmenes, y que siga siendo muy selecta?

O yo no interpreto bien las intenciones del coleccionista, ó sólo entran en su programa autores vivos, porque los muertos no pueden realzar el mérito del ejemplar (primera edición, á ser posible) con inscripciones autógrafas. Y catalogando sólo autores vivos, y autores de algún merecimiento, la cifra de cien mil volúmenes me parece desenfrenadamente ambiciosa.

En fin, pongamos que el Sr. Carleton comete el pecado general, el pecado de indulgencia, y abriendo la mano, acoge en el templo de ese suntuoso edificio que se dispone á elevar en Minneapolis á muchos á quienes las Musas, inflexibles, cerrarian la puerta. Así debe de ser, pues si se aplicase una saludable y justo rigor, tendría el Sr. Carleton muy suficiente con la modesta sala donde caben los contados libros gloriosos de nuestra edad contemporánea y de la generación que respira aún.

Carleton, por otra parte, confiesa que ha cometido errores, que ha solicitado libros de escritores que nada valen y omitido solicitarlos de otros más señalados. Espera corregir estos yerros, y hacer de su biblioteca algo único en el mundo. Entre las inscripciones que avaloran los libros de la colección, existen algunas proféticas. Uno de los historiadores más grandes que hoy existen escribió, en un ejemplar de su historia de una importante nación europea, las razones que le inducen á anunciar que esta nación perderá, en el plazo de veinticinco años, su actual poderío. Al hacerlo, exigió que el libro permanezca sellado hasta su muerte. Sistema que me parece muy recomendable, ya que permite el desahogo póstumo de tantas especies como pesan sobre el entendimiento y el corazón, y que respetos y miramientos obligan á callar, mientras el divulgarlas puede acarrear serio perjuicio y desazones sin cuento.

Una objeción tengo que oponer á las hojas circulares que el Sr. Carleton me envía, acompañadas de una carta muy amable. En el texto de una de ellas leo algo que me confunde. Al quejarse el coleccionista de cierta oposición á su idea, que al comenzar á divulgarla notó en los mismos autores, dice textualmente: «Los que al principio me contestaban con enérgica negativa, empiezan á comprender que dentro de algunos años podría pesarle no encontrarse en compañía de autores ilustres. Después de que uno se muere, es tarde ya para dedicar sus obras.» En efecto, pero yo interrogo: ¿cómo le puede pesar á un autor difunto el no encontrarse en excelente compañía literaria?

Aparte de este reparo del género ninio, pues es evidente que la hoja no dice lo que quiso decir, la empresa del Sr. Carleton es en sumo grado interesante y hasta útil. Es además algo que considero inestimable, algo que á todos nos hace falta: una manera de llenar la vida. Padece la vida humana, por extraña asociación, dos males que parece excluirse: el peso y el vacío. A veces gravita sobre el espíritu como enorme chapa plúmbea; á veces es un pozo seco, y no hay medio de colmar su vacuidad. Cuando el capitalista de Minneapolis nos repite que su labor de coleccionista es deliciosa, que le inunda de alegría y de felicidad el realizarla, le creemos, y hasta le envi-

diaríamos, si también no hubiésemos buscado, desde los primeros años de la existencia, algo que la llene. A la verdad, el recurso de Carleton es superior al nuestro, porque se ha propuesto un objeto fácil, y su Quimera de papel, cartón y tinta es accesible; no le devorará; no rugirá, insaciable y fiera, dentro de su corazón. El secreto de la dicha posible es este: proponerse lo que está al alcance del brazo, lo que la voluntad con su esfuerzo consigue obtener. La biblioteca de Carleton será un primor y honrará infinito á Minneapolis; y yo, por mi parte, declaro que estoy dispuesta á auxiliar todo lo posible al que sus conterráneos llaman *filántropo*, comprendiendo que tanto ama á sus semejantes el que les da pan como el que les da instrucción y cultura.

Otro mérito del Sr. Carleton es que se encuentra decidido á comprar, positivamente comprar, vamos, pagando su importe en librería, las obras que han de integrar su biblioteca. Esto solo hace el elogio del Sr. Carleton, y causa un asombro involuntario, aquí, donde la dulce costumbre es regalar un objeto sin valor reconocido, que se llama libro, y que su autor, sin duda por entretenerse, ha compuesto, impreso y publicado. El que recibe la dádiva la mira de un modo piadoso, lleno de bondad, y se apresura á prestarla á un amigo, el cual se precipita á facilitarla á otro, y así sucesivamente; esto, en el mejor caso, dando por supuesto que sea un libro que alguien encuentre ameno y digno de leerse. Rarísima vez vuelve la obra á la estación de origen, y yo he dado dos ó tres veces libros míos á una misma persona, que se los había dejado «pisar» con dedicatoria y todo, por bibliórrapos de ocasión. La bizarra resolución del rey del libro, adquiriendo uno á uno y mediante dólares sus súbditos, es digna de loor eterno.

¿Qué prosperidad no representaría para las letras la existencia de un centenar de bibliotecas públicas compradoras de los diez ó doce buenos libros que salen á plaza en España anualmente? Con un presupuesto mínimo, se protegería y divulgaría el arte literario. Y lo que se hace es, al contrario, obligar á los autores al donativo forzoso de tres ejemplares, para que la Biblioteca Nacional se enriquezca á cuenta de los que producen, sin costarle al Estado un céntimo.

EMILIA PARDO BAZÁN.



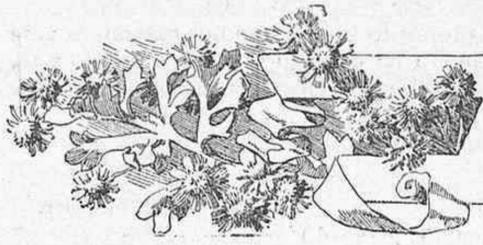
EL ILUSTRE PINTOR FRANCÉS ALFREDO STEVENS
† EN PARÍS EN 24 DE AGOSTO ÚLTIMO

A la edad de setenta y ocho años ha fallecido hace poco en París ese pintor ilustre, que tanta celebridad alcanzó durante el segundo imperio.

Nacido en Bruselas, hizo sus primeros estudios artísticos en el taller de Navez, y muy joven todavía, se trasladó á París, recibiendo allí las lecciones de Roqueplan y de Ingres. En 1849 se dió á conocer por vez primera en público, mereciendo sus obras excelente acogida, así de los críticos como de los aficionados. Desde entonces su fama fué creciendo de día en día hasta conseguir que su nombre figurara entre los grandes pintores modernos.

Era caballero de la Legión de Honor y había alcanzado en distintas exposiciones las más altas recompensas.

Hablando de él, ha escrito un notable crítico parisiense: «Mirada en conjunto su obra considerable, en la que las fechas están señaladas por la incesante evolución de la moda, Alfredo Stevens se nos presenta como un pintor de historia, el más asombroso, el más sincero, como el pintor de la historia de la mujer de su época, pero no de la mujer en la representación artificiosa de su belleza que aspira á las conquistas, sino de la mujer sorprendida en su hogar, en el retiro de su alma, hermosa ó fea, criatura de sueño ó de carne, abierta á la esperanza ó agotada ya por las decepciones, con ojos que revelan lo que el espíritu quisiera ocultar, con miradas que encierran caricias, curiosidades é inquietudes... la mujer, en fin, que lleva en su modo de ser y en su secreto de vestirse el reflejo de la educación de su tiempo, contemporánea sin preocuparse de perdurar, flor que pasa, que se marchitará... y que eternamente vive.»

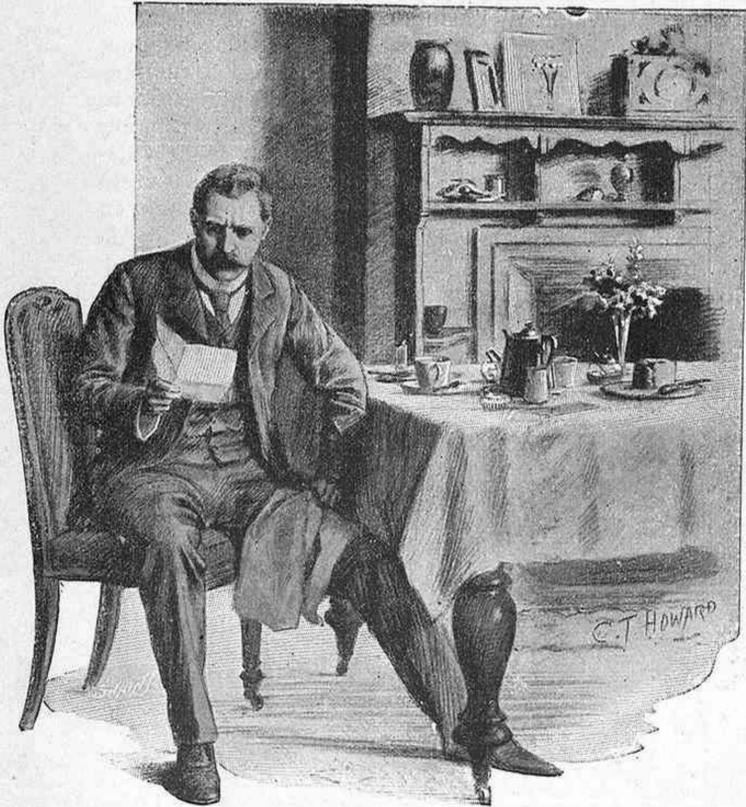


UN HOMBRE CELOSO



Junio, 1.º

Mi muy querida Florentina: Aquí me tienes al fin; llegué á Oaklands; ya estoy instalada y dispuesta á sacar el mejor partido posible de mi visita. Mrs. Frebath está conmigo muy cariñosa. Además de mi persona, hay aquí también otros invitados; un par de muchachas tan agradables como bien parecidas y al-



Rodolfo leyendo la correspondencia de Paulina

gunos hombres muy simpáticos. Y á propósito de hombres, te diré que pasé una media hora terrible con Rodolfo antes de salir de casa. Ya sabes lo extremadamente celoso que es; en verdad no tengo inconveniente en confesarte que con frecuencia me siento herida y lastimada por su falta de confianza en mí. No quiero faltarle en lo más mínimo, pobrecillo mío, pues tú sabes cuánto le quiero y que nada hay en este mundo que estime en más que su amor y su fe; pero no se fía de mí ni un poquito; me hace la vida desgraciada con sus celos exagerados. Si hablo ó tan siquiera miro á otro hombre, riñe conmigo; lo que le agrada es que fuera grosera con mis antiguos conocidos y con todo el género masculino del universo entero, excepto él; esto de ningún modo puede ser.

En una sola quincena hemos reñido once veces, y aunque tengo la seguridad de que á ti te parecerá todo esto muy gracioso, lo que es á mí maldita la gracia que me hace, y comprendo que si Rodolfo no llega á tener más confianza en mí, nunca podremos ser felices. Cuando, sin embargo, sobrevino el momento crítico fué el día antes de mi partida; como te digo, quería que le prometiese, primero, que no bailaría con nadie dos veces en el baile que el día 9 da Mrs. Frebath; segundo, que no pasearía á caballo, en coche ó á pie con ningún hombre solo; que en las expediciones y meriendas no me separaría del lado de Mrs. Frebath, y creo que hasta exigía que no jugase al tennis sino con mujeres únicamente.

Por supuesto, me enfadé con él, aunque no reñí por ser la última tarde que pasábamos juntos; pero á pesar de ello, no pude menos de sentirme muy ofendida. A veces me dan ganas de coquetear de firme con alguno para darle una lección.

Escríbeme pronto y cuéntame muchas cosas. ¡Cuánto daría por que estuvieras aquí también! ¡Qué pláticas tan sabrosas echaríamos!

Tuya, como siempre,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, 3 de junio.

Querido Rodolfo: Qué bueno has sido escribiendo-

me tan pronto; grande fué mi alegría al ver tu letra, tan conocida y tan cara para mí, pero me aumentó el deseo de verte.

Sí, lo estoy pasando muy bien, hay aquí personas sumamente agradables; las dos más simpáticas son Miss Naneta Rivers, que es una muchacha muy linda, delicada y menudita, y Sir Antonio Crane, que ha venido con su madre. Es encantador, inmensamente rico, bien parecido, siempre gracioso y se ha encaprichado mucho conmigo. Según he sabido, quedó huérfano de padre á la edad de tres meses, así es que casi desde que nació heredó el título y las propiedades. Tengo la seguridad de que él te gustaría mucho; ¡es tan guapo y tiene unos ojos de un azul oscuro tan hermosos! Tiene conquistadas á todas las señoras; las muchachas están locas por él; pero sólo de mí hace caso.

Lady Crane me dijo esta mañana que su hijo es muy difícil de contentar cuando se trata del sexo bello, pero que evidentemente está muy prendado de mí; esto me lisonjea mucho.

Pobre amor mío, cuánto estarás trabajando y cuánto daría yo por tenerte aquí conmigo... Únicamente que en ese caso, como es natural, no vería tanto á Sir Antonio, pero no sé si me importaría gran cosa estando tú aquí...

Te incluyo en ésta un ramito de verbena; huele muy bien, ¿no es verdad?, y esa violeta aterciopelada que significa que siempre estoy pensando en ti.

Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 7.

Amor querido: ¡Qué tonto eres en enfadarte conmigo porque le nuestro buena amistad á Sir Antonio! Cierto es que nos vemos con mucha frecuencia, pero ¿qué mal hay en eso? Y si tú le conocieras te gustaría, porque á todo el mundo encanta.

Dimos un paseo delicioso, ayer por la mañana, Naneta, un cierto capitán Frere, Sir Antonio y yo. Andábamos los dos tan despacio que nos dejaron solos atrás, así fué que nos metimos en un prado y en él nos pasamos toda la mañana.

Sí, te prometo que no bailaré con él si así lo quieres, tanto más cuanto que él no sabe bailar; por esa parte, pues, puedes estar tranquilo.

El domingo pasado tuve un dolor de cabeza horrible y no fui á la iglesia.

Sir Antonio se pasó toda la mañana conmigo, mientras yo descansaba en la hamaca. Le dije que con su presencia se me aliviaba el dolor.

Adiós, hasta mañana.

Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 11.

Mi muy querido Rodolfo: De veras no creía que fueras capaz de escribirme una carta semejante. Siempre he sido completamente franca contigo en todo cuanto se refiere á Sir Antonio; tus acusaciones son de todo punto falsas é injustas.

Mucho me temo que cuando hayas terminado de leer esta carta te pongas más colérico todavía, pues estoy resuelta á no ocultarte nada. Dices que supones que yo le había ocultado afanosamente que estoy comprometida con otro hombre.

Al contrario, tuve especial cuidado en hacerle saber á Sir Antonio que llevaba relaciones contigo; pero él hace como si no lo supiera y no ha cambiado en lo más mínimo su manera de proceder conmigo. Sí, yo veo que le agrado mucho; pero ¿cómo puedo yo remediarlo?

Por supuesto, tontuelo, que no le quiero á él más que á ti. Te amo más que á nadie de este mundo, pero me gusta infinito Sir Antonio; ¡es tan gracioso y guapo! Además me figuro que mi amor propio se ve

tan tanto halagado al notar que, entre todas las muchachas que aquí estamos, soy yo el objeto preferente de sus atenciones.

Tengo que decirte una cosa, amado Rodolfo, que temo te vaya á poner de muy mal humor; pero nunca te he ocultado nada y no quiero ocultarte esto tampoco. Hazme el favor de no importarte... Pues bien, amor mío, la cosa sucedió de esta manera:

Ayer tarde había salido todo el mundo; Sir Antonio y yo estábamos solos en el jardín charlando buenamente, cuando de pronto, sin más ni más, me echó los brazos al cuello y me dijo que me quería y... sí, debo escribirte, me dió efectivamente un beso. Ya está dicho; espero que no te importará gran cosa, porque, en realidad, en ello no hubo malicia. A ningún otro hombre le permitiría que se tomase conmigo esas libertades; pero Sir Antonio, en cierto modo, es distinto de los demás. Abrigo la convicción de que no le darás á eso gran importancia.

Mrs. Frebath no quiere de ningún modo que me vaya el viernes próximo, sino que me esté hasta fin de mes; así es que creo que me quedaré.

No lo sentiré, y eso que ya principio á echarte mucho de menos... Vaya, ahora escíbeme lo más pronto que puedas diciéndome que no estás enfadado conmigo.

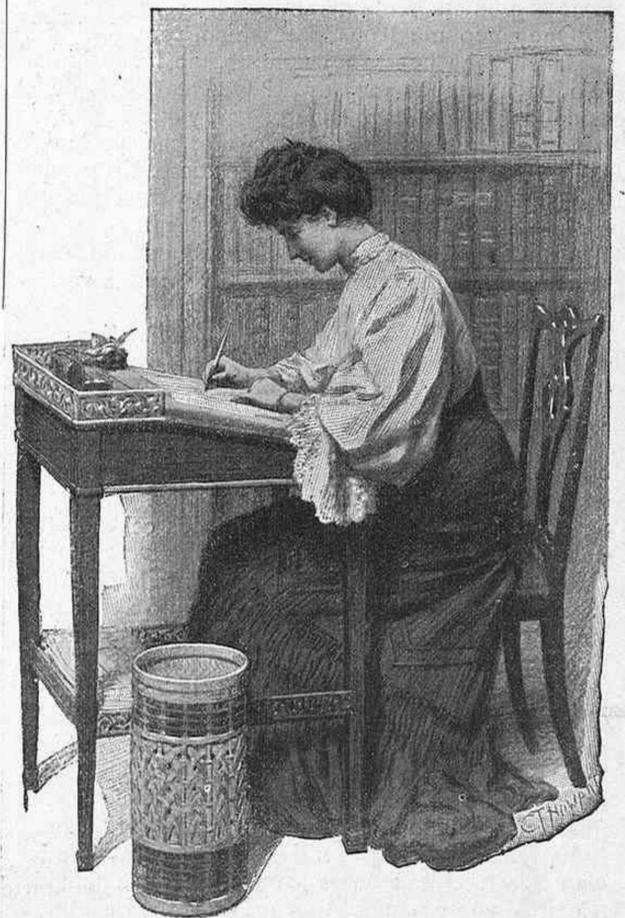
Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 17.

Mi querido Rodolfo: ¡Qué idea tan extravagante! ¡Irme á casa en seguida, cuando todavía no ha pasado ni la mitad del tiempo que mi visita debe durar! No en verdad, no haré tal cosa. No sé cómo has podido imaginarte que yo lo había de hacer, hallándome aquí tan á gusto. Por lo que respecta á tus amenazas de venir y ajustarle las cuentas á Sir Antonio, te diré que eso son ridiculeces. Sir Antonio se reiría de ti. Pero ven de todos modos, si así lo deseas.

Me dices que está claro que yo en realidad no te quiero; pues si así no fuera, no coquetearía con Sir Antonio de un modo tan público, positivo y cruel. Pero, querido mío, Sir Antonio en nada cambia mis



Paulina escribiendo á Rodolfo

sentimientos hacia ti. Y aunque es verdad que me gusta mucho y realmente le quiero, ni por pienso puedo comparar el cariño que le tengo con el amor que por ti siento, que es parte integrante de mi ser.

Pero ya se ve, querido Rodolfo, siempre fuiste tan extremadamente celoso, que ya sabía yo que habías de incomodarte cuando te contara que Sir Antonio me había besado.

Verdaderamente no puedo prometerte que no le dejaré que vuelva á besarme si se empeña; creería que yo era cruel con él y que no le quería, y eso yo no lo puedo consentir. No ignoras que le he hablado con entera franqueza de nuestros amores; tanto es así que esta mañana me ha estado alabando mi sortija

dijo que vendría y no le dejaría hueso sano á Sir Antonio.

Y vino.

Era un domingo por la tarde; todos estaban jugando al *tennis*; yo había ido á la casa en busca de una sombrilla; en el vestíbulo encontré á Sir Antonio y con él me fuí á un gran invernadero; á Sir Antonio le gusta mucho verse entre flores. Allí estábamos, cuando llegó mi triste, celoso y desdichado novio. Según parece, llamó á la puerta principal y la criada

le condujo á la alameda, creyendo que yo me hallaba allí. Mrs. Trebath dice que poco le faltó para quedar enamorada de él cuando se le presentó y le manifestó que había venido á verme; pero añade que nunca ha visto á nadie de semblante tan fiero y adusto. ¡Pobrecillo! Todo el tiempo que pasó en el tren se fué excitando la cólera, y cuando llegó estaba á punto de estallar. A Mrs. Trebath le pareció muy guapo, y realmente lo estaba y mucho. La buena señora le acom-

mente. Y á propósito te diré que nos casaremos para octubre. Rodolfo ha querido que fuera pronto y tú, como es consiguiente, serás una de mis damas de honor.

Tuya, como siempre,

Paulina.

EVELYN CUTHBERT.

(Dibujos de C. T. Howard.)

LA EXPEDICIÓN WELLMANN

AL POLO NORTE

En el número 1278 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de esa expedición, organizada por un importante periódico de Chicago, para la realización de la conquista del Polo Norte en el globo *América*, y de la salida de los expedicionarios, dirigidos por M. Walter Wellmann, con rumbo á Spitzberg.

Apenas llegados los viajeros á aquellas regiones boreales, comenzaron á circular en Europa rumores de que Mr. Wellmann había desistido por este año de llevar á cabo su atrevida empresa. Tales rumores fueron desmentidos, y hace pocos días la agencia Havas comunicaba á la prensa un radiograma puesto por los exploradores el día 14 de agosto último, en el que se manifestaba la posibilidad de emprender la marcha al polo en la primera semana de este mes.

Las últimas noticias, sin embargo, son de que Mr. Wellmann aplaza para el año que viene la realización de su proyecto y de que en breve regresará á Francia.



AL POLO NORTE EN GLOBO

El explorador Wellmann y sus amigos en el Spitzberg

de novia, que tanto quiero. ¿Te acuerdas del día en que me la diste?

¿Me preguntas que si quiero romper nuestras relaciones? Pues bien, con toda verdad te digo: no quiero. ¡Vaya una pregunta! Sir Antonio nunca me ha pedido tal cosa, y si lo hubiera pedido habría sido lo mismo. No había ni el más ligero motivo para que te pusieras tan furioso, como sé que lo estabas, cuando me escribiste esa carta. Si fuera á hacer caso de todas las cosas desagradables que me dices, sería muy desgraciada. ¿Acaso no puedo disfrutar con una amistad inocente? Mis relaciones con mi querido Sir Antonio son enteramente platónicas.

¿Que cómo me llama? Pues bien, para decirte la verdad, me ha puesto un nombre, me llama Linita. ¿No lo encuentras muy dulce? Quiere que le dé el medalloncito que llevo en la cadena y que fué tal vez la primera cosa que me has regalado; pero yo le dije que á ti no te agradaría que se lo diese. No pareció quedar contento con mi contestación y tuve que prometerle que le daría otra cosa en su lugar.

A decir verdad, no puedo asegurarte cuándo regresaré á casa. Mucho me alegraré de volverte á ver.

Tuya,

Paulina.

Oaklands, Ballyweston, junio 21.

Mi muy querida Florentina: Tengo muchas cosas que contarte y espero que cuando hayas terminado de leer ésta no pensarás mal de mí. En verdad, no pude resistir á la tentación de curar los celos de Rodolfo.

Por supuesto que habrás oído hablar de Sir Antonio. Mucho he escrito tocante á él, tanto á ti como á Rodolfo, y me atrevo á asegurar que hasta tú, mi íntima amiga, me has colocado en la categoría de una coqueta sin corazón, completamente indigna del amor de un hombre de bien. Sin embargo, no me condenes irremisiblemente sin oír antes el final de la historia. Ya sabes que yo trataba íntimamente á Sir Antonio, y Rodolfo, ¿tendré necesidad de decirte?, se puso incomodado y celoso de un modo terrible.

Es verdad que algunas de sus cartas casi me hacían llorar; ¡el pobrecillo parecía estar tan afligido! ¡Como si yo no apreciara en más un solo cabello de su cabeza querida que á todos los Sir Antonios del mundo!

Rodolfo, como te he dicho, estaba furiosamente celoso y me escribía unas cartas, ¡pero qué cartas! Quería á todo trance, sí, esa es la palabra, quería á todo trance que me volviera inmediatamente á casa, á lo que me negué redondamente, y entonces me

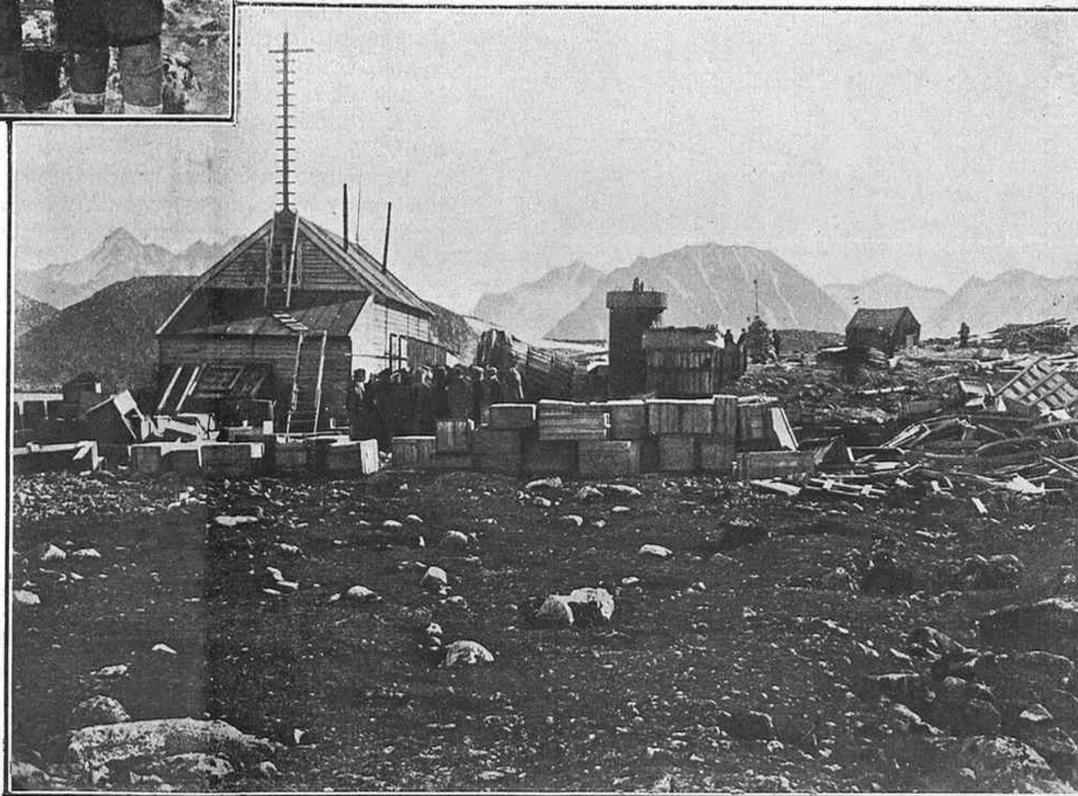
pañó hasta la casa, en donde le dijeron que yo estaba en el invernadero con Sir Antonio.

Mrs. Trebath le indicó á Rodolfo que entrase solo á buscarme, á lo que con presteza asintió él. Me ha jurado Mrs. Trebath que los ojos le echaban chispas, como si ya tuviera á Sir Antonio, con las ansias de la muerte, entre las manos.

Nada supe yo de todo esto hasta que estrepitosamente abrió la puerta Rodolfo, que entró y nos vió á Sir Antonio y á mí estrechamente abrazados; sí, estrechamente abrazados. Yo me sorprendí mucho y me puse intensamente colorada; me parecía que el sol invadía precipitadamente aquel lugar; que mil pájaros cantaban á un tiempo entre las flores. Sir Antonio se quedó lo mismo que estaba, mirando á Rodolfo con los ojos muy abiertos. Yo fui la primera que hablé. (Me parece que te oigo decir: Por de contado.)

—Rodolfo, dije, aquí tienes á Sir Antonio Craue.

Dió un paso hacia él y... ¡le derribó de un puñetazo! No, le cogió en brazos y le besó..., porque Sir Antonio no ha cumplido aún tres años y es el niño más dulce, guapo y hechicero que en tu vida has visto. Después Rodolfo me abrazó... y ya puedes figurarte lo demás; me ha perdonado enteramente la jargueta que le hice y me ha prometido no volver á ponerse celoso á no ser que tenga motivos muy fundados; y como hago el firme propósito de no dárselos nunca, seremos muy felices. Mrs. Trebath, que está prendada de Rodolfo, se empeñó en que se quedara hasta terminar la semana y lo hemos pasado divina-



ESTACIÓN DE LA EXPEDICIÓN WELLMANN EN EL SPITZBERG. (De fotografías.)

Las razones que le han movido á obrar así parece que son las siguientes:

1.ª El cobertizo que debía construirse en Spitzberg y en donde había de efectuarse el henchimiento del globo, no estaba terminado á la llegada del material, á pesar de que el constructor del mismo había partido dos meses antes que Mr. Wellmann;

2.ª Los trineos-automóviles han funcionado de una manera imperfecta, á causa de la insuficiencia de las pruebas; y como esos trineos son el único recurso con que cuentan los exploradores para el caso en que se inutilice el globo, habría sido imprudente ponerse en camino en esas condiciones.

3.ª La instalación de la telegrafía sin hilos á bordo de la barquilla se ha considerado casi imposible;

4.ª Entre los que forman el estado mayor de la expedición hay diversidad de pareceres acerca del rumbo que ésta haya de seguir.

Además Mr. Wellmann se lamenta de algunos defectos que ha observado en la parte mecánica de su aeróstato.

Por todos esos motivos, la exploración se ha aplazado hasta mayo del año que viene.

Durante su estancia en Spitzberg, Mr. Wellmann y sus compañeros han sido muy visitados, figurando entre los visitantes el príncipe de Mónaco, que se interesa mucho, como es sabido, por todas las empresas de carácter científico y particularmente por las que se relacionan con el descubrimiento del Polo.—S.



L.A CARIDAD, estatua del laureado escultor Agustín Querol

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

ATENTADO CONTRA STOLYPINE

Sigue imperando en Rusia la agitación revolucionaria y no se pasa día sin que el telégrafo nos traiga noticias de asesinatos de generales y gobernadores, de terribles conspiraciones, de motines sangrientos, de choques entre las tropas ó la policía y el pueblo que causan en ambos bandos numerosas víctimas. Individuos de todas las edades, condiciones y sexos, impulsados por implacables odios y por un fanatismo ciego, matan á los que la revolución señala como enemigos, jugándose en ello la vida que pierden las más de las veces; y el gobierno responde á esos ataques desesperados con ejecuciones y destierros. Es una lucha encarnizada, feroz, que en ocasiones reviste caracteres de verdadero salvajismo.

Entre los numerosos y recientes atentados, el que mayor sensación ha producido, así por el número y la condición de las víctimas como por las circunstancias en que se ha realizado, ha sido el dirigido contra Stolypine, presidente del Consejo de ministros ruso, y uno de los hombres más ilustres de aquel imperio.

Colaborador del último presidente Goremykine, á la caída de éste hubo de encargarse del poder y desde los primeros momentos hizo declaraciones francamente liberales, conformes con su historia política, y se mostró deseoso de implantar paulatina y oportunamente las reformas que la nación solicitaba; pero

el orden y la normalidad en el país, para poder luego desenvolver tranquilamente el programa liberal, que ha constituido siempre su credo en materia de gobernación del Estado.

Esos buenos deseos, esas rectas intenciones, no le han preservado de la furia revolucionaria, según lo demuestra el atentado cometido contra él el día 25 de agosto último y del cual salió milagrosamente ileso.

Stolypine se había instalado, con objeto de pasar en ella el verano, en una *villa* de la isla de los Boticarios, en el pequeño Neva, en el centro de un magnífico paseo frecuentado y habitado por la aristocracia de San Petersburgo; esa vivienda, propiedad del Estado, y residencia del ministro del Interior durante los meses de estío, era una simple *dacha*, ó casa de madera, con tres cuerpos de edificio, de planta baja y un piso.

A la una de la tarde del citado día, detúvose delante de la puerta de la *villa* un coche de dos caballos en el que iban tres individuos, dos vestidos de paisano y uno con uniforme militar. Los recién

llegados penetraron en el vestíbulo, pretendiendo llegar hasta la estancia en donde, en aquellos momentos, celebraba el presidente del Consejo su recepción semanal; mas como no llevaban invitación, el portero



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. — STOLYPINE, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS RUSO, Y SU ESPOSA DISPONIÉNDOSE Á DAR SU PASEO COTIDIANO. (De fotografía hecha poco antes del atentado y comunicada por nuestro corresponsal.)

al mismo tiempo, en presencia de la revolución, que por todas partes surgía amenazadora, y de los procedimientos terroristas á que recurrían los revolucionarios, manifestóse resuelto á restablecer, á todo trance,



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. — ASPECTO QUE OFRECÍA INMEDIATAMENTE DESPUÉS DEL ATENTADO EL COCHE QUE HABÍA CONDUcido Á LOS TERRORISTAS QUE LANZARON LA BOMBA CONTRA LA CASA DE STOLYPINE. (De fotografía comunicada por nuestro corresponsal.)

les cerró el paso. Inmediatamente el que vestía uniforme arrojó una bomba, produciéndose una explosión espantosa, cuyas consecuencias fueron terribles. La parte central de la casa, el vestíbulo, la sala de guardias y en parte el salón en donde esperaban los visitantes, quedaron destruidos; el suelo del primer piso fué levantado y las personas que allí había, entre ellas dos hijos de Stolypine, una niña de catorce años y un niño de tres, fueron lanzadas al aire, resultando horrorosamente heridas. La explosión arrancó la puerta que separaba el despacho de Stolypine de la sala de recepción y destruyó el coche que había conducido á los tres terroristas. De éstos, dos murieron y el otro quedó gravemente herido.

El número de víctimas del atentado ha sido veintisiete muertos y más de treinta heridos; entre los primeros figuran el señor Kovostoff, miembro del Consejo de ministros, el príncipe Nakeschidze, el capitán de gendarmes Fedoroff, un agente de policía, varios guardias, criados y correos. La mayoría de los cadáveres quedaron horriblemente mutilados y algunos ni siquiera tenían forma humana.

El principal asesino aparentaba tener unos veinticinco años y debajo del uniforme, que era nuevo, llevaba un traje de paisano. Uno de sus cómplices, gravemente herido fué arrestado inmediatamente y conducido al hospital Pedro y Pablo, adonde fueron transportados también los demás heridos y los restos de los muertos.

Stolypine no perdió la serenidad y él fué quien dirigió los primeros trabajos de descombra-



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. — EL VESTÍBULO DE LA «VILLA» HABITADA POR STOLYPINE DESPUÉS DEL ATENTADO. (De fotografía remitida por nuestro corresponsal.)

miento, que dieron por resultado el hallazgo, entre los escombros, de sus dos hijos, vivos aún, pero con las piernas horriblemente destrozadas la niña y con tres grandes heridas en la cabeza el niño. En los primeros momentos creyóse que ambos morirían, pero su estado ha mejorado y se confía en su curación.

El día antes del atentado, Stolypine, en una *entrevista* con el corresponsal de un importante diario londinense, rechazó enérgicamente las imputaciones de los que le atribuyen tendencias reaccionarias é hizo, entre otras, las siguientes declaraciones:

«La necesidad de reformas es evidente, pero el fin primordial de todo gobierno es la conservación del orden. Si yo otorgara la libertad absoluta, en seguida se producirían graves desórdenes y las tropas se verían obligadas á fusilar á millares de exaltados. El liberalismo, así entendido, no sería más que una provocación criminal. Soy partidario de la implantación gradual de la libertad. En cuanto á la situación actual, á pesar de los robos y de los asesinatos, reina en el país mayor tranquilidad que de ordinario; en este punto, todo el mundo está equivocado, lo mismo en el interior que en el exterior, y de ello tiene la culpa la inmensidad del territorio, pues si se incendia una granja, se dice que toda la provincia está ardiendo.»

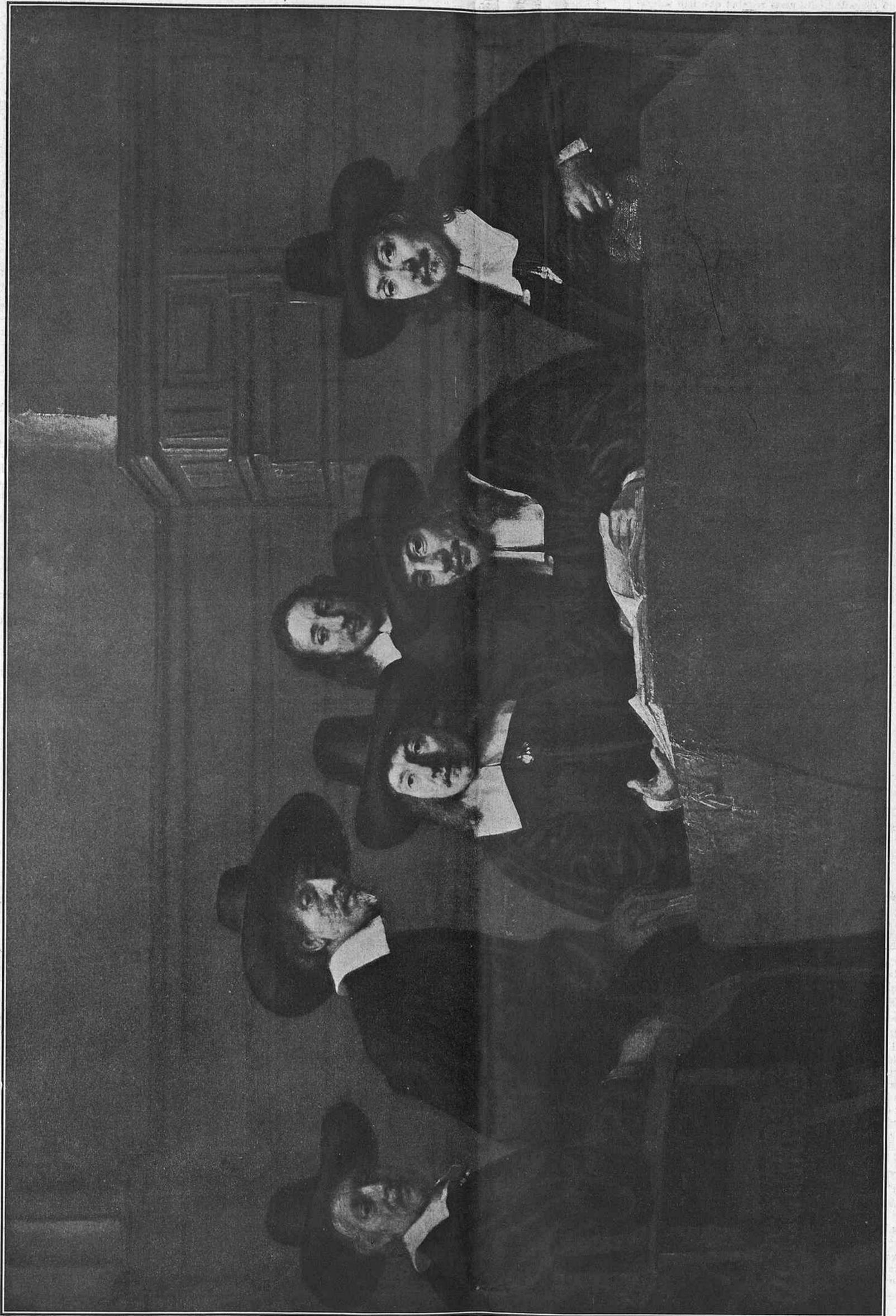
Al día siguiente del atentado contra Stolypine, una joven asesinó en Peterhof al general Minn, y al otro día un asesino desconocido daba muerte al general Wonlarlarski, gobernador general interino de Varsovia.—R.



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. — DESTERRADOS POLÍTICOS CAMINO DE SIBERIA. (De fotografía comunicada por nuestro corresponsal.)



LA RECONCILIACIÓN DE ESAÚ Y JACOB, cuadro al óleo pintado por Rembrandt en 1642
que se conserva en el museo del Ermitage de San Petersburgo



LOS PRESIDENTES DEL GREMIO DE LOS PAÑEROS, cuadro al óleo pintado por Rembrandt en 1661, que se conserva en el Rijksmuseum de Amsterdam

LAS REGATAS DE EVIÁN

En Evián, pequeña población francesa del departamento de la Alta Saboya, situada á orillas del pintoresco lago Lemán, se han efectuado recientemente unas regatas que han interesado mucho á los aficionados al deporte náutico. En ellas han tomado parte embarcaciones de todas clases, botes de remo, *cruisers*, *racers*, botes de vela, canoas movidas por petróleo, etc. Además se han celebrado multitud de juegos acuáticos.

A presenciar las regatas acudió una concurrencia numerosa y distinguida, en la que abundaban las damas elegantemente ataviadas.

La Sociedad Cachat, organizadora de las regatas, ha querido solemnizarlas con varios otros festejos, entre los cuales los más brillantes han sido una representación de gala, un concierto y un baile con cotillón en el Casino, un gran banquete en el Splendid Hotel y una fiesta veneciana en el lago.

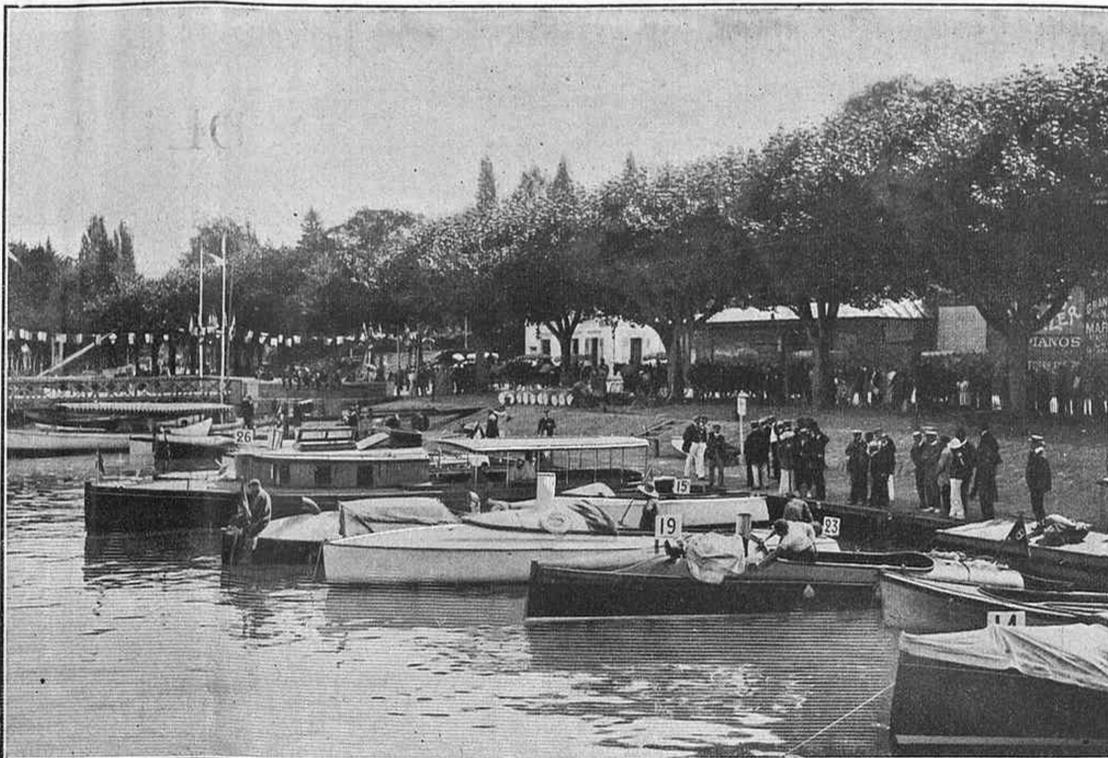
CONCURSO DE AUTOMÓVILES

ORGANIZADO POR LE MATIN

El importante periódico parisiense *Le Matin* organizó hace algún tiempo un concurso de automóviles, en el que habían de resultar vencedores, no los que más corrieran, sino los que ofrecieran mejores condiciones de resistencia recorriendo una distancia extraordinaria. Esta distancia se fijó en 6.000 kilómetros, muy superior, por consiguiente, á las que hasta ahora se habían fijado en los concursos más reñidos de todo el mundo, y debía recorrerse en veinticinco etapas, concediéndose el premio á los vehículos que hiciesen todo el recorrido á una velocidad media, variable para las diversas categorías en que fuesen clasificados.

Para tomar parte en el concurso se inscribieron unos 120 automóviles, de los que sólo 47 comenzaron la prueba. El día 1.º de agosto último procedióse á las operaciones de pesar y poner los plomos á las máquinas que estaban instaladas en el jardín de las Tullerías y que, adornadas con banderas, presentaban un golpe de vista en extremo pintoresco.

A las diez de la mañana del día siguiente, dióse la primera señal de salida, y sucesivamente emprendieron la marcha los vehículos de cada categoría que, atravesando la plaza de la Concordia, desaparecieron por los Campos Elíseos.



LAS REGATAS DE EVIÁN. — VISTA GENERAL DEL FONDEADERO CON LAS CANOAS AUTOMÓVILES QUE HAN TOMADO PARTE EN LAS REGATAS. (De fotografía de Branger.)

que no habrá quien, al contemplar el hermoso grupo de esa joven madre besando á su lindo bebé, no experimente una de esas emociones intensas que hacen vibrar todas las fibras de nuestro corazón.

NUEVO TIPO DE CRISTALES DE AUMENTO

Un químico húngaro ha inventado una nueva lente, compuesta de un líquido encerrado en un recipiente de cristal en forma de lente. Tiene las mismas propiedades que una lente maciza, puede hacerse de un tamaño tres veces mayor que ésta, se fabrica con mayor facilidad y resulta mucho más barata.

La lente más grande fabricada hasta ahora y que sirve para usos astronómicos, tiene 1'50 metros de diámetro; su construcción ha exigido algunos años y ha costado centenares de miles de francos.

La misma lente en cristal y líquido puede hacerse en pocas semanas y su coste no llega á 4.000 francos.

El precio de una lente de cristal macizo de 25 centímetros de diámetro, de la mejor fabricación alemana, es actualmente de 8.000 francos; el de una del nuevo sistema y de iguales dimensiones es de menos de 200.

La nueva lente consiste en dos cristales de reloj muy duros y pegados, entre los cuales se pone el líquido; la oclusión es hermética y no puede haber evaporación, por ser los mismos los coeficientes de expansión del cristal y del líquido.



PARÍS.—CARRERA DE AUTOMÓVILES ORGANIZADA POR EL PERIÓDICO «LE MATIN.» Los automóviles vencedores desfilando delante de la redacción del periódico á su llegada á París, después de haber recorrido los 6.000 kilómetros en las condiciones fijadas para el concurso. (De fotografía de Branger.)

El día 27 llegaron á París los automóviles que habían recorrido todo el trayecto de 6.000 kilómetros á las velocidades medias señaladas, habiendo resultado vencedores: Pelegrín, Sivé, Paquette, Bardin, Didier, Dumont y Renaux, que pilotaban el primero, el cuarto y el quinto las marcas Dion-Bouton; el segundo, la Darracq; el tercero, la Cottureau; el sexto, la Bayard; y el séptimo, la Mercedes.

Los vencedores á su llegada á París fueron aclamados por una gran multitud que se agolpaba en los bulevares y especialmente delante de la redacción de *Le Matin*.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 585, 592 y 593)

El beso, cuadro de Tony Tollet. — Una de las cosas más difíciles en pintura es expresar esos sentimientos tiernos y delicados que por su misma sencillez no se prestan á grandes y emocionantes composiciones. En los cuadros de ese género, el pintor no puede apelar á esos efectismos de éxito seguro que se imponen por la habilidad de su ejecución, sino que ha de hablar directamente al alma; y para ello se necesita ante todo estar dotado de una exquisita sensibilidad y al mismo tiempo dominar de tal modo la técnica, que pueda exteriorizar la impresión sentida sin que pierda nada de su pureza ni de su intensidad. El lienzo de Tony Tollet llena en absoluto esos requisitos; el autor ha sentido hondamente la bellísima escena, y al trasladarla á la tela lo ha hecho con tal maestría,

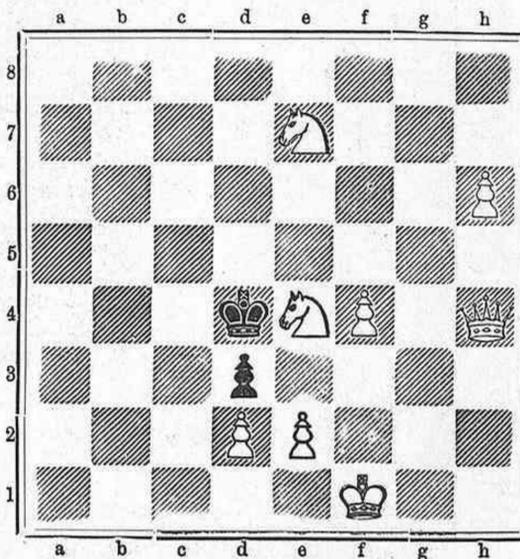
La Caridad, estatua del laureado escultor Agustín Querol. — Conforme ofrecimos á nuestros lectores al ocuparnos de una de las últimas y más notables producciones de Querol, cual es el panteón de Cánovas del Castillo, en la Basílica de Atocha, reproducimos hoy otra de sus obras, cual es la augusta representación de la Caridad, en la que el artista ha empleado el caudal de sus aptitudes, puesto que en su conjunto hállanse de manifiesto todas las cualidades que caracterizan las producciones de Querol, quien acaba de obtener otro triunfo, ya que tal significa el hecho de haber sido premiado el proyecto de monumento á Garibaldi, que ha de erigirse en una de las plazas públicas de Buenos Aires.

La reconciliación de Esaú y Jacob. — Los presidentes del gremio de los pañeros, cuadros de Rembrandt. — El primero de esos lienzos fué pintado en 1642, fecha triste en la historia del gran maestro holandés; en aquel mismo año, falleció su esposa Saskia, con la que se había casado en 1634, y la muerte de la compañera á quien adoraba fué para él un golpe terrible que puso fin al período más feliz de su existencia. Ese rudo golpe no fué bastante, sin embargo, para abatir sus energías; Rembrandt siguió pintando con la misma maestría de antes, como lo prueba el otro cuadro que reproducimos, *Los presidentes del gremio de los pañeros*, terminado en 1661, y del que con razón se ha dicho que es la obra en la cual se acercó más á la perfección suprema. Aunque vivió ocho años más, pues murió en 1669, no se conoce de él ningún otro lienzo que lleve fecha posterior á aquélla.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 438, POR V. MARÍN.

NEGRAS (2 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 437, POR V. MARÍN.

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D e 3 - b 3 | 1. Cualquiera. |
| 2. D, C ó A mate. | |

FLEUR D'ALIZE Nouveaux Parfums extra-fin. VIOLET, 20, B^o ITALIENS, PARIS.

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Entre ellos pasó un soplo frío.

Antonio tuvo la intuición de que Cristiana se concentraba en sí misma y se alejaba de él. No le hacía, sin duda, responsable de su papel involuntario en el drama, ni del secreto que le estaba impuesto, ni de la rígida discreción con que le guardaba; pero, en lugar de un alivio, había sido un peso más lo que había llevado á aquella pobre alma, ya tan cruelmente angustiada. Le veía, también á él, en aquellas perspectivas nuevas y desproporcionadas que una claridad demasiado ruda para sus ojos cándidos acababa de abrir ante ella.

Antonio comprendió el daño que la horrible prueba había hecho en aquella tierna naturaleza, cuando oyó á Cristiana exclamar:

—La vida es abominable... Ahora lo veo al mirar hacia atrás... ¡Qué alegre estaba yo cuando dejé nuestro castillo para venir á divertirme en París!. Aquí encontraba la fiesta perpetua, los bailes, las cacerías, los trajes, las invitaciones... Por las noches, en el teatro, se hacían visitas de un palco á otro. Todos los salones eran delicados y todas las caras sonrientes. Veía la lealtad en los matrimonios, la bondad en los corazones y la abnegación en las amistades... Y esto ocultaba traiciones, emboscadas y calumnias... La mentira florece y el crimen no causa siquiera escándalo. ¡Dios mío!. Ahora me explico la alarma de mi madre al despedirme. ¿Por qué he dejado Feuilleres un solo día? No me volverá á suceder.

—Cristiana, puesto que siente por mí alguna benevolencia..., no hable usted así; exclamó el joven.

Tampoco él podía considerar fríamente las cosas ni tener en cuenta la exageración de la juventud. Veía ya á Cristiana separada de él para siempre y encerrada en aquel lejano Feuilleres donde él no podía siquiera ir á verla. Ya no estaba allí la encantadora señora de Sebourg para aproximarle á la que amaba y para envolver su idilio naciente de una atmósfera propicia. Aquella sociedad de lujo y de placer que Cristiana condenaba tan implacablemente, era la suya, artista mundano, que no podía prescindir de ella para sus éxitos, su reputación y su fortuna. Se creía cerca de obtener en esa sociedad un puesto digno de Cristiana. ¿Era posible que ese sueño se desvaneciese, por errores que no eran suyos, allí, en aquel trivial saloncillo de hotel, que le pareció siniestro de repente, al ruido de aquel indiferente reloj que le marcaba irreparables minutos?

—Acuérdese usted, Cristiana... ¿No me dijo un día que aceptaría con gusto vivir en París?

Esta frase debía recordar á la joven una especie de aliento dado á la esperanza, no expresada, pero muy visible, del arquitecto.

Antonio no obtuvo más que una mirada vaga y un movimiento negativo de cabeza.

—¿Cree usted, murmuró Cristiana, que es este el momento de pensar en el porvenir?

—¡El porvenir!., repitió Antonio; una palabra de usted va á cerrarle para mí acaso para siempre. Dé-

nir, tengo la esperanza de que nos aproximará; así lo espero con todo mi corazón. Porque yo elijo mi camino en la claridad, en la verdad, y usted es demasiado noble para que no venga también á él tarde ó temprano. Vuelvo al nido de mi familia, donde están las fuertes tradiciones de honor, de fidelidad y de fe; tengo sed del aire que allí se respira. Poco importa que haya kilómetros entre nosotros, pues yo veo á través de barreras mucho más insuperables; á usted le toca hacerlas caer.

Antonio balbuceó sorprendido y apenado:

—¿Qué barreras?

—Toda la fealdad de un mundo en el que usted vive sin repugnancia y del que yo huyo por haberle vislumbrado realmente hace unas cuantas horas. Usted es un escéptico; pero vale usted más que la sonrisa y que los movimientos de cabeza con que acoge mis curiosidades. ¿No ha previsto usted jamás que la vida podría darme otras respuestas? Me las ha dado, y terribles. Si le pregunto á usted todavía el porqué de todos esos papeles que yo veía desempeñar y cuyas contradicciones no comprendía, no podrá usted ya mover la cabeza. O si lo hace usted todavía...

No acabó. Se abrió la puerta, y dió paso á la alta silueta del anciano á quien el arquitecto había seguido, no sin cierta admiración, aquella mañana, detrás del carro fúnebre.

Antonio vió de frente al héroe de Sedán, á aquel conde de Feuilleres, que pasaba por ser uno de los representantes más intactos de la Francia de otro tiempo, de la Francia tradicionalista y cristiana. Solamente el aspecto del septuagenario evocaba un conjunto de ideas características de su carta y hasta de una época anterior á su edad. Tenía lo que ya no se tiene, lo que ya no se aprecia, lo que no puede producirse más que por casualidad en una sociedad de-

mocrática, pues hacen falta siglos de herencia para establecerlo; esa cosa indefinible y fútil para muchas personas que se llama «un gran aspecto.» Aquel prestigio, más fácil de percibir que de definir, se unía, por otra parte, á una extremada sencillez de maneras y al corte indudablemente provinciano de su levita. El largo bigote blanco y la perilla á la moda de 1830, no modernizaban aquellas facciones llenas de gravedad y cortadas con esa acentuación particular que crea el tipo y presta á la cara humana la amplitud expresiva de la raza. Los ojos imperativos de aquella cara, sin dureza por otra parte, se fijaron en Antonio Le Bray.

El joven soportó la mirada con respetuoso atrevimiento y se inclinó profundamente, mientras Cristiana recordaba al conde el nombre del visitante y algunos detalles relativos á su familia.

Delante de aquel anciano, cuya alma adivinaba, y que hacía comprender muy bien la de la hija, Anto-



Pero la joven irguió su busto de repente...

jeme usted hablar, suplicó al ver que la joven levantaba una mano para interrumpirle. Dice usted que no es el momento... ¿Qué otro podré tener? En Feuilleres estará usted tan lejos... Más lejos, lo veo, por esa horrible crisis de alma que por la distancia, que será ya tan grande. ¿Cómo, no ya ver á usted, sino seguir su pensamiento? Sus padres apenas me conocen, y su cuñado, del que soy amigo, no es el intermediario más á propósito para que aquéllos me acepten. Por otra parte, ¿por cuánto tiempo seré todavía amigo de Gerardo?

Su voz se apagó al hacer esta pregunta, que él murmuró como para sí mismo. Pero la joven irguió su busto de repente.

—Antonio Le Bray, dijo con una solemnidad que quitaba á ese nombre así pronunciado toda libertad familiar, no admito ese punto de vista. Ayer, hace una semana, hace un mes, era cuando estábamos lejos el uno del otro sin saberlo. En cuanto al porve-

no percibió de repente lo que podía pasar en ésta. Las últimas palabras de la joven se iluminaron en su mente, que acababa de percibir las. Al mismo tiempo la impetuosidad de su carácter y de sus sentimientos y una exaltación desesperada estuvieron por arrastrarle á uno de esos actos impulsivos que resultan el colmo de la locura ó de la habilidad, según sus resultados, y que conducen á la confusión total ó á la victoria. Ya abría la boca para gritar á aquel padre, en un impulso de sinceridad: «Amo á su hija de usted; déjeme conquistarla; ayúdeme; me siento digno de ella.»

Pero tuvo la extraña impresión de ver la fisonomía casi impasible del anciano alterarse más y más á medida que Cristiana precisaba la personalidad del amigo que estaba presentando.

—¿Es usted, caballero?... ¡Usted!.., repitió el general dejándose caer, más que sentándose, en una silla.

Antonio no sabía qué responder. ¿A qué se refería el conde? ¿A qué característica de su vida ó de sus actos debía el joven referir aquel «usted?»

Por fin, con una emoción que Cristiana no había descubierto en él durante aquellos tristes días, el conde balbuceó casi:

—¿Es usted... á quien mi pobre hija... habló antes de morir?

Antonio palideció. ¿Iba á volver á empezar el interrogatorio desgarrador de hacía un momento? ¿Quién había contado aquella escena al conde, al que se hubieran debido ahorrar las conjeturas dolorosas? Hacía un momento, durante los funerales, lo ignoraba todo, pues Antonio no había encontrado en él más que una mirada vaga y una política fría.

Cristiana experimentaba el mismo estupor. ¿A quién acababa de encontrar el conde? ¿Quién le había contado la suprema entrevista de Antonieta y Antonio? Por un acuerdo tácito, los testigos de aquel hecho inexplicable se habían guardado bien de aludir á él delante de los interesados. Para la familia, parecía que nada había ocurrido. El asombro del uno y del otro no disminuyó por lo que vino después. Sin insistir en una circunstancia que le conmovía el corazón hasta ese punto, Feuilleres dió la mano al joven.

—Gracias, caballero, dijo con energía; tendrá usted siempre en mí un amigo agradecido.

Por caluroso que fuese, aquel ademán implicaba una despedida. Le Bray se retiró perplejo, pero con el consuelo de pensar que, al menos, el padre de la que amaba no le era hostil.

Cuando el joven se marchó, Cristiana dirigió al conde una mirada interrogadora.

—Cristiana mía!, dijo. Hija mía querida...

La efusión de su voz y sus brazos abiertos eran una llamada. Su hija se aproximó cariñosa, y él la envolvió en un abrazo inquieto, como si quisiera protegerla contra un peligro.

—¡Qué preciosa eres para mí!, murmuró acariciando la seda espesa de su cabello negro. ¡Ah, que no te suceda ningún mal...

Y añadió cerca de su oído:

—He visto á Gerardo, y no tengo más que una palabra que decirte: olvidemos.

—¿Olvidemos, qué?, preguntó la joven con una vaciedad casi severa. ¿Las calumnias... ú otra cosa?

—Las calumnias, contestó sordamente Feuilleres.

Su cara se puso impenetrable, como hacía un momento la de Antonio, con la diferencia de que sus facciones envejecidas se cubrieron de un velo infinitamente triste.

Su hija no hizo ninguna otra pregunta.

No hubiera podido, por otra parte, aunque alguna cosa opresora é indecible no la hubiera obligado á callarse. Junto á la puerta se oyó un ligero rumor de pasos y después el golpe seco de un índice británico. Miss Gerti abrió y dejó paso á dos lindas siluetas blancas en sus abrigoitos forrados de cisne, con un brillo de límpidas pupilas, rubios cabellos y exclamaciones cariñosas:

—¡Tía Cristiana!.. ¡Abuelito!

Eran Roberta y Francisco de Sebourg.

Cristiana los estrechó en sus brazos con el sentimiento de que su inocente gracia era todo lo que conservaba de su antigua ilusión de la vida.

III

Al día siguiente del entierro y de su visita al hotel Bedford estaba Antonio examinando unos planos en su estudio, cuando oyó sonar el timbre de la puerta exterior. Levantó la cabeza sorprendido y escuchó con atención. ¡Eran apenas las diez de la mañana! ¿Quién sería?

El joven acogía con gusto, por otra parte, una interrupción de su trabajo. Acababa de emprenderlo sin animación, con la mente distraída y el corazón pesado. ¿Qué había sido de los sueños de amor y de

éxito, de la estimulante ambición y de aquella ligera llama de esperanza diaria que, precisamente, le producían los encuentros posibles con Cristiana? Todo había desaparecido; habíase desvanecido su alegre fervor. Además, aquellos cartones que hojeara, aquellos proyectos, aquellos planos que volvía á encontrar en su casa de la calle de La Rochefoucauld, olían á abandono y á polvo. Hacía muchos meses que su talento no se empleaba más que para el castillo de Otheval; llevaba en él muchas semanas y de un día á otro le volverían á llamar para terminar las obras empezadas. Pero la preciosa existencia no se reanudaría; Cristiana no iría por allí, donde flotaba la sombra sangrienta de la pobre Antonieta; y los propietarios renunciarían á ir, según costumbre, del lunes al miércoles, durante la estación de la caza, que estaba terminada para ellos, pues los Valentín no darían ciertamente más cacerías durante el invierno.

Antonio oyó los pasos de su criado por el corredor, luego un coloquio en la antesala y la introducción del visitante en el salón próximo.

En seguida, su único servidor fué á decirle, con el aspecto compungido que creía deber tomar á causa de la desgracia, que no ignoraba:

—El Sr. de Sebourg desea hablar á usted.

Antonio se levantó. Unas rápidas zancadas, una cortina levantada, una puerta abierta, y se encontró en la sala de su lindo departamento, bonita pieza decorada al estilo ultramoderno, llena de espejos, de ligeras telas pálidas, de lustrosas blancuras, con la fantasía y el alegre capricho que puede permitirse un artista soltero.

—¡Mi pobre Gerardo!, dijo el arquitecto con las manos abiertas.

Sebourg no cogió aquella mano.

Estaba erguido, vestido de negro en aquel marco dulcemente claro, en el que se difundía la luz plateada de una fría mañana. Su estatura casi gigantesca, su traje de luto, su cara, sombría y hasta aquel sombrero rodeado de gasa que pendía de su brazo, se dibujaban entre los fluidos reflejos con un relieve conmovedor. Sin decir palabra fijó en Antonio una mirada dura.

—¿Qué hay?... ¿No me das la mano?, preguntó éste.

—No.

—¿Por qué?

Gerardo no respondió en seguida. Era un hombre para quien las palabras no tenían esas fáciles complacencias que suplen á todo, hasta á los sentimientos y á las ideas. No las tenía á sus órdenes y, por otra parte, ¡las despreciaba; esperaba siempre para servirse de ellas á no poder valerse de otro medio de expresión. Fuera de las fórmulas corrientes de la vida diaria, eran raras las circunstancias en que la necesidad de exteriorizar alguna cosa de su ser íntimo sobrepujaba á su repugnancia por las frases y á su real dificultad de hablar. Seguía fijando en su camarada de la infancia dos pupilas de color de pizarra ensombrecidas por la contracción de las espesas cejas negras.

—Siéntate y habla, dijo Antonio.

Sebourg no obedeció más que á la segunda de esas invitaciones.

—No me sentaré en tu casa, y no estrecharé tu mano, hasta que me hayas dicho por qué mi mujer quiso hablarte antes de morir.

Su acento ronco, su emoción, que no quería explicarse, y cierta expresión cándida en su testaruda rudeza, hacían daño. Antonio le miró, presa de una horrible tristeza.

—¡Gerardo!..

La exclamación vibró y se extinguió en el silencio. Los dos hombres, mudos, permanecieron frente á frente.

—¡Cómo, Gerardo!, dijo de repente éste con expresión brutal. ¿No ves que me vuelves loco diciendo así mi nombre y callándote?

Antonio, con la cara descompuesta de pena, hizo un ademán con los brazos que quería decir: «¿Qué quieres que te diga?»

—¿Rehusas?... exclamó Sebourg.

Y dió un paso con expresión tan violenta y extrañada, que un interlocutor poco firme no hubiera contenido un movimiento de retroceso. Pero Antonio, con su estatura menos alta y más esbelta, no carecía de orgullosa energía. Por otra parte, acostumbrado al carácter de Gerardo, era para él menos impresionante aquella furia de jabalí que ataca. Se cruzó de brazos y habló, esforzándose por poner en su voz lo que había en su corazón de sentimientos conciliadores y compasivos.

—Vamos á ver, amigo mío, escucha y reflexiona... Lo que me pides es insensato. Si tu mujer quiso hablarme á mi solo, era porque tenía que confiarme un secreto.

—No tenía ese derecho..., gruñó el marido.

—¡Oh! No piensas lo que estás diciendo. Porque

una criatura humana sea la esposa de otra, ¿crees que le debe hasta la última parcela de su alma?... ¿No puede, sin ofenderla?..

—Guárdate tu filosofía, que me tiene sin cuidado...

—Sin embargo...

—¡Bah! No trates de engañarme con un discurso. El hecho está ahí. ¡Bruto de mí, que no me opuse!, exclamó aquel hombre atormentado, cambiando de tono y aplicándose un epíteto que hubiera merecido en el caso contrario. Hubiera debido no consentir y no moverme de su lado... Pero yo no sabía... No la creía tan mala... Y, además, la otra me arrastró.

Sebourg dejó escapar esta evocación imprevista de Francisca Valtín en la preocupación de la escena, y, ante la mirada bruscamente aguda de Antonio, aquella soberbia cara se puso de color de amapola. Sin embargo, la conciencia de su torpeza exasperó su fiere, que estalló en una lógica abominable.

—Cuando una mujer, en una hora suprema, quiere confiarse á un hombre que no es su marido, es que ese otro hombre es su...

—¡Cállate!..

El grito de Antonio expresó tan fulminante indignación, que Gerardo no acabó y contuvo la blasfemia á causa de la vergüenza que le producía, pero no porque le intimidase la acción con que Le Bray acompañó su palabra.

Antonio había dado un salto á su vez. Aquellos dos seres, que toda su vida se habían querido fraternalmente, se amenazaban como fieras. Poco faltó para que la varonil animosidad desencadenada les hiciese venir á las manos materialmente en un duelo sin preparativos y sin testigos, en el que sus miembros hubiesen crujido en furiosas torsiones, como estallaban sus almas y se torcían con invisibles heridas.

Si los puños crispados no se levantaron, fué porque Sebourg se refrenó borrando el odioso concepto que él mismo se negaba á admitir.

—Ya sé... Estoy seguro... de que no es así. No nos envilezcas defendiéndola. ¡Ah!.. (Un espasmo de repugnancia le sofocó.) Y sin embargo, esto es lo que la pobre loca ha hecho creer. Nos ha..., se ha deshonrado.

—¿Y si fué un sacrificio sublime?..

La especie de enternecimiento que apaciguaba la sombría eferescencia de Gerardo desapareció ante aquella hipótesis, que volvió á encender sus dudas, sus sospechas y sus torturas de amor propio. ¡Cómo! Antonieta confiaba á otro un fragmento tan precioso de su corazón, un cuidado tan sagrado y tan grave que ponía debajo de él la pureza misma y el ultraje á su marido... Los dientes de Gerardo rechinaron.

—Está bien, dijo, pero tú vas á pagar caro su sacrificio. Hablarás ó nos batiremos.

—No hablaré.

—Entonces me darás razón de tu imprudencia... ¡Te atreves á declarar, rugió ahogándose de rabia, que la voluntad de mi mujer—su última voluntad, Dios del cielo...—fué conspirar contigo contra mí!

—No he dicho semejante cosa, exclamó Antonio.

—En fin, ¿era contra mí lo que te comunicó?.. ¿Contra mí?..

El arquitecto hizo un gesto vago y se pasó la mano por la frente, como desesperado por aquella horrible escena.

Para sufrirla sin desfallecimiento hacía falta tanta firmeza moral como valor físico. A cada instante, Sebourg parecía á punto de cometer algún feroz abuso de su temible fuerza muscular. Crecía en él una especie de delirio ante la resistencia de Antonio y sobre todo ante la convicción de que esa resistencia sería indomable. Ahora bien, aquel coloso de sentimientos simples y en el cual la materia exuberante dominaba al razonamiento, era de esos á quienes la cólera pone fuera de sí mismos. Y el infortunado tenía en él y alrededor de él, en aquel cruel momento, más de una causa para caer en ese estado de demencia momentánea en el que se dice de un ser que «ve sangre.» Su aspecto iba siendo espantoso: cara lívida de miradas homicidas, anchos hombros por los que pasaban intensos estremecimientos, manos que se abrían y se cerraban como para triturar, y mandíbulas temblorosas cuyo choque involuntario se oía á veces.

En pie delante de él, muy cerca, Antonio erguía su estatura relativamente pequeña, pálido como un muerto, los brazos caídos y sin intentar con una palabra ó con un gesto oponerse al desencadenamiento de lo inevitable. Dijo, sin embargo, con sencillez, no para influir en el otro, sino porque su corazón y su conciencia se lo dictaron:

—Lamento profundamente, Gerardo, que haya en esto algo que te hiera ó te aflija. Pero no puedo elegir mi actitud. Se me ha impuesto un deber, que yo no reclamaba. Y lo cumpliré.

—Mejor de lo que tú crees, gruñó el marido de Antonieta, pues guardarás vuestro famoso secreto

para siempre cuando te haya metido en el cuerpo seis pulgadas de hierro.

—De modo que nos batiremos..., murmuró Le Bray encogiéndose de hombros.

—¡Pardiez!

—Como quieras... Pero de este modo serás tú el que deshonrarás a tu mujer muerta.

Gerardo dió un grito ahogado en el que pareció que su alma en tumulto se le salía del pecho. Sus pesados párpados velaron la llama de sus ojos y se desplomó en una silla como un toro á quien han dado el cachete.

Antonio se sentó igualmente. Se sentía ablandado por una reacción, ahora que no tenía ya que poner en tensión todas sus fuerzas contra una pregunta suplicante ó contra una agresión impetuosa, y miró al adversario de hoy y amigo de ayer y de todo el pasado. Sebourg tenía la cara oculta entre las manos. Sobre el dibujo amplio y noble de su cabeza ostentábase una cabellera negra de un terciopelo igual y rapado como el de un muchacho. Antonio le volvió á ver en el colegio, inclinado sobre aquellos textos latinos que hacían su desesperación y en los que él le había ayudado con tanta frecuencia á no perderse. ¡Cuántas veces había lanzado bolitas de papel contra aquel buen cráneo, tan espesamente tapizado y que no ofrecía ningún acceso posible á las sutilidades literarias!.

Le Bray se sintió invadido de una profunda melancolía; y también de un sentimiento cobarde, pues pensó que Gerardo, al convertirse en su enemigo, alargaba la distancia entre él y la mujer á quien no desesperaba de conquistar. Estuvo por nombrar á Cristiana y revelar la parte que su amor hacia ella había tenido en la confidencia de Antonieta. Hubiera sido una caridad para con aquel desgraciado que sufría realmente y con un dolor tan exasperado. ¿No hubiera sido para Antonio la afirmación de una especie de derecho? Abrió la boca... y hasta emitió algunos sonidos indistintos. Pero se calló, irritado contra su propia debilidad, pues era demasiado leal y escrupulosamente delicado para permitirse continuar. Dar un fragmento de verdad por una verdad entera—¡y tan diferente!—constituiría un subterfugio indigno de él. Y además un subterfugio inútil. La más simple reflexión impediría á Sebourg engañarse, y en cambio, tomaría odio al sueño amoroso de su compañero de la infancia. La prudencia, lo mismo que la sinceridad, contuvieron las palabras de Antonio.

Gerardo, sin embargo, le había oído balbucear un comienzo de frase; y aquellas palabras inciertas y repentinamente suspendidas hicieron levantarse á aquella cabeza agobiada y aquella alta silueta negra. El viudo se puso en pie, cogió el sombrero envuelto en gasa que, en un momento de excitación, había arrojado en una mesa, fijó otra vez ferozmente en Antonio sus pupilas sombrías de siniestra expresión, y dijo al fin mientras el arquitecto se erguía esperando los peores insultos:

—¡Veremos lo que sucederá!.

No dijo más. ¡Pero qué acento!.. Antonio, sin embargo, que le vió marchar sin ocurrírsele nada para evitar el inmediato rompimiento, le agradeció el no haberle lanzado alguna imputación de cobardía ni haberle hecho la atroz y fácil acusación de esconderse detrás del cadáver de una mujer; una de esas injurias que ensucian como el lodo y que son más envilecedoras para el que las profiere y para el que las escucha, por lo mismo que los antagonistas no pueden creer en ellas y no cesan de estimarse en secreto.

Sebourg, ya en el coche de alquiler que le esperaba en la calle con el caballo de través á causa de la cuesta, no alivió su violencia, ni consigo mismo, con groserías oratorias, que hubieran repugnado á su naturaleza más por su tontería que por su bajeza. Ningún ser del mundo sentía como aquél, por un instinto rudimentario, lo absurdo de las palabras. Gerardo, pues, no las formulaba en su fuero interno mientras iba en aquel estrecho carruaje de plaza, cuyas dimensiones le obligaban á subir las piernas y á doblar el cuerpo. Oía latir en sus vanas la corriente furiosa y precipitada de la sangre, y sufría de un modo casi animal por accesos de sensación y por imágenes irritantes ó mortificantes que le hacían gemir sordamente.

Cuando, llegado á su casa, avenida de Kleber, subió en el ascensor hasta su piso y abrió la puerta con la crispación de corazón que provoca ese acto cuando el día anterior se han llevado un muerto, vió en seguida correr á él á los dos niños.

—La tía Cristiana nos ha traído, comenzó la niña, para despedirnos de ti y hacer los baúles con miss Gertie.

—¡Oh! papá, estás negro como la tía y el abuelo. ¿Por qué?

Gerardo los besó sin responder, levantándolos uno

tras otro á la altura, considerable para ellos, en que se encontraba su triste cara.

—¿Vamos adonde está mamá?, dijo Paquito por una intuitiva analogía de ideas. Has dicho que se había marchado muy lejos.

—Cállate, Loley, murmuró su hermana, mientras su padre le ponía á su lado.

Roberta llamaba así á su hermano menor con la inexplicable fonología de los niños, que substituyen las palabras con otras que no tienen con ellas la menor analogía de sonido. Toda la familia, imitándola, llamaba Loley á Francisco. Cuando aquella niña de cinco años hizo callar así á su hermanito porque reclamaba á su mamá, el padre vió en aquel corazón pueril, ya femenino, presciencias y delicadezas que no trató de profundizar. ¿Qué adivinaba Roberta ante aquellos trajes de luto, aquellas caricias afligidas y aquellas bocas silenciosas coincidiendo con la desaparición de su mamá? Gerardo se guardó bien de preguntárselo á la niña, la cual, por otra parte, no se lo hubiera dicho. Pero hizo otra pregunta:

—¿Dónde está Cristiana?

—En nuestro cuarto; está haciendo el equipaje con miss Gertie.

—Decidle que he vuelto y que venga; la espero en mi despacho.

Cuando entró Cristiana en aquella pieza, encontró á su cuñado sentado ó, más bien, desplomado con todo su peso en el diván color de tabaco, con franjas de paño bordado, que guarnecía una de las esquinas. La joven se fué derecha á él con la mano abierta, mientras su cuñado se levantaba con un movimiento cansado.

—Yo también tenía que hablar á usted, Gerardo; por eso sobre todo he acompañado á los niños.

—Es usted muy buena, dijo Gerardo con el único matiz de ironía de que era capaz. Le ha autorizado á usted su padre...

—Mi padre nada tiene que ver en el paso que doy. Cristiana subrayó esta afirmación con un silencio. Y después, conociendo bastante á su cuñado para no esperar que la animase á hablar de otro modo que con la mirada, más bien maligna, con que la estaba examinando, añadió:

—Ignoro lo que ha podido pasar ayer entre mi padre y usted, y no es él quien me lo dirá, estoy cierta de ello.

—Yo también, dijo Gerardo con energía.

Cristiana le miró. Y á él le chocó, á su vez, la alteración de aquella encantadora cara. Su puro óvalo se había prolongado; los ojos estaban como ennegrecidos y ensanchados y el cutis más terso y transparente; la boca, de un color rosa más pálido, se contraía por las comisuras y temblaba. El conjunto estaba envuelto en una bondad profunda.

—Síntese usted, Cristiana, dijo Gerardo en un tono brusco que ocultaba su enternecimiento. Espero que usted no me odia todavía.

Acercó otra butaca á la que ofrecía á la joven y se sentó en ella, mientras Cristiana exclamaba vivamente:

—¡Odiar á usted!.. No. ¿Pero cree usted que verdaderamente el mundo le tiene odio?

Gerardo repitió «¿El mundo?» como si no comprendiese; no pensaba más que en el Sr. de Feuilleres y en Antonio.

Cristiana explicó:

—Sí, el mundo, los miserables que se hacen eco de esa invención odiosa. Lo hacen por necesidad de emociones viles, por estupidez..., puesto que no tratan de sacar partido de su calumnia contra usted, y siguen poniéndole buena cara. Eso no merece más que desprecio.

Gerardo miró á su cuñada con curiosidad. ¡Esperaba tan poco aquellas palabras! Los experimentos que estaba haciendo desde el día anterior, y sobre todo, la ardiente llaga de humillación que su orgullo traía de la conversación con Antonio, no le preparaban á encontrar confianza en la joven, al contrario; la exaltación natural en las mujeres debía inclinar á ésta á dramatizar los sucesos. Y habiendo sido siempre poco tolerante con lo que ella llamaba las maneras de oso de su cuñado, le vería hoy sin duda más fácilmente bajo la figura de un criminal.

—¡Cómo!, exclamó. ¿No soy, pues, un monstruo á sus ojos de usted, como á los de sus padres y sus amigos?

No siguió su pensamiento; pero excitado por un acceso de rabia, dijo enseñando el puño:

—Ya me las pagarán... Hasta aquellos á quienes su edad—ú otra cosa—me impide pedir satisfacción.

Sus facciones tomaron una expresión terrible. Cristiana le tocó ligeramente la mano; aquella cólera masculina le daba miedo.

—¡Mi pobre Gerardo! Escuche usted... ¡Cuidado! Tiene usted un carácter al mismo tiempo concentra

do y violento, y esto es lo que le hace daño. No dé usted lugar á... Pero no quiero predicar á usted moral, añadió amablemente al ver que se volvía hacia ella de nuevo aquella cara contraída. He venido á decir á usted esto: he vivido en la intimidad de su matrimonio, le he visto á usted al lado de Antonieta, estoy segura de que la amaba usted á pesar de sus maneras bruscas, y estoy fraternalmente á su lado en su dolor, cuya sinceridad conozco. Ninguna insinuación malévolá puede alterar mi confianza en usted. Y puesto que sus hijos van á estar mucho tiempo, acaso, con nosotros en Feuilleres, tenga usted la seguridad de que están entre las manos de su hermana Cristiana, que no tiene duda alguna sobre su padre y que sabrá hacer que le amen.

La cara de Gerardo se serenó al principio y se puso rígida después contra la emoción. Pero no pudo resistir á las últimas palabras; se ocultó la cara entre las manos y fuertes sollozos conmovieron sus hombros.

El taciturno gigante lloró como un niño.

Con sus hermosos ojos, en los que brillaba la más delicada piedad entre dos lágrimas inmóviles, Cristiana vió aquel espectáculo que su juventud y su inexperiencia no habían podido prever tan impresionante. No sabía qué decir ni qué hacer, dudando si había hecho bien ó mal al provocar aquella efusión casi trágica.

Cuando al fin Sebourg, con un movimiento de resolución, se irguió y miró á la joven, sorprendió inclinada hacia él aquella linda cabeza llena de ansiedad y deslumbradora de divina expresión.

—¡Ah! Cristiana, exclamó, no la conocía á usted.

Ni ella ni él supieron exactamente de dónde brotaba la ardiente impetuosidad de aquel grito. Cuando la mente tiene muchas razones para justificar los impulsos desordenados del ser, ¿cómo medir lo que añaden los oscuros estremecimientos del corazón y de los sentidos?.. Aquel hombre, viudo de ayer, y aquella joven, su cuñada, se agitaban en una tempestad de pensamientos que bastaba para impedir que oyesen algunos rayos más lejanos, precursores de peor tormenta.

En la misma ignorancia de lo que nacía en él en aquel minuto, Gerardo cedió á un impulso irresistible; no pudo menos de confiarse á Cristiana, al menos parcialmente. Algo muy pesado le ahogaba, y el primer efecto de aquella gracia deliciosa, que obraba en él demasiado vivamente, fué hacer salir de sus retiros, como por un magnetismo, su alma elemental y huraña, una de esas almas extrañamente construídas, producto de los infinitos azares de las combinaciones atávicas, amasadas con materiales primitivos y bárbaros algunos de los elementos refinados de nuestras modernas psicologías.

—¡Pobre niña!, suspiró, tiene usted razón en tenerme lástima. Mi desgracia es más grande de lo que usted cree.

—¿Cómo?, dijo la joven llena de aprensión.

—No soy el malvado que han dicho á usted, Cristiana; pero ¡ojalá lo fuese! porque no sufriría tal suplicio.

—¡Qué deseo!, dijo la joven confusa; pero es un modo de hablar, ¿verdad? Usted sufre, mi pobre Gerardo, y esto es lo que quiero comprender. No me confíe usted nada más.

Sentía cierta timidez ante lo desconocido de aquel carácter de hombre. En el fondo, no había simpatizado nunca con su cuñado. Había sido preciso el imperioso sentimiento de una injusticia para que fuese á él como había ido y le hablase como le había hablado. ¿Pero qué iba á saber ahora? Hubiera querido interrumpirle y alejarse.

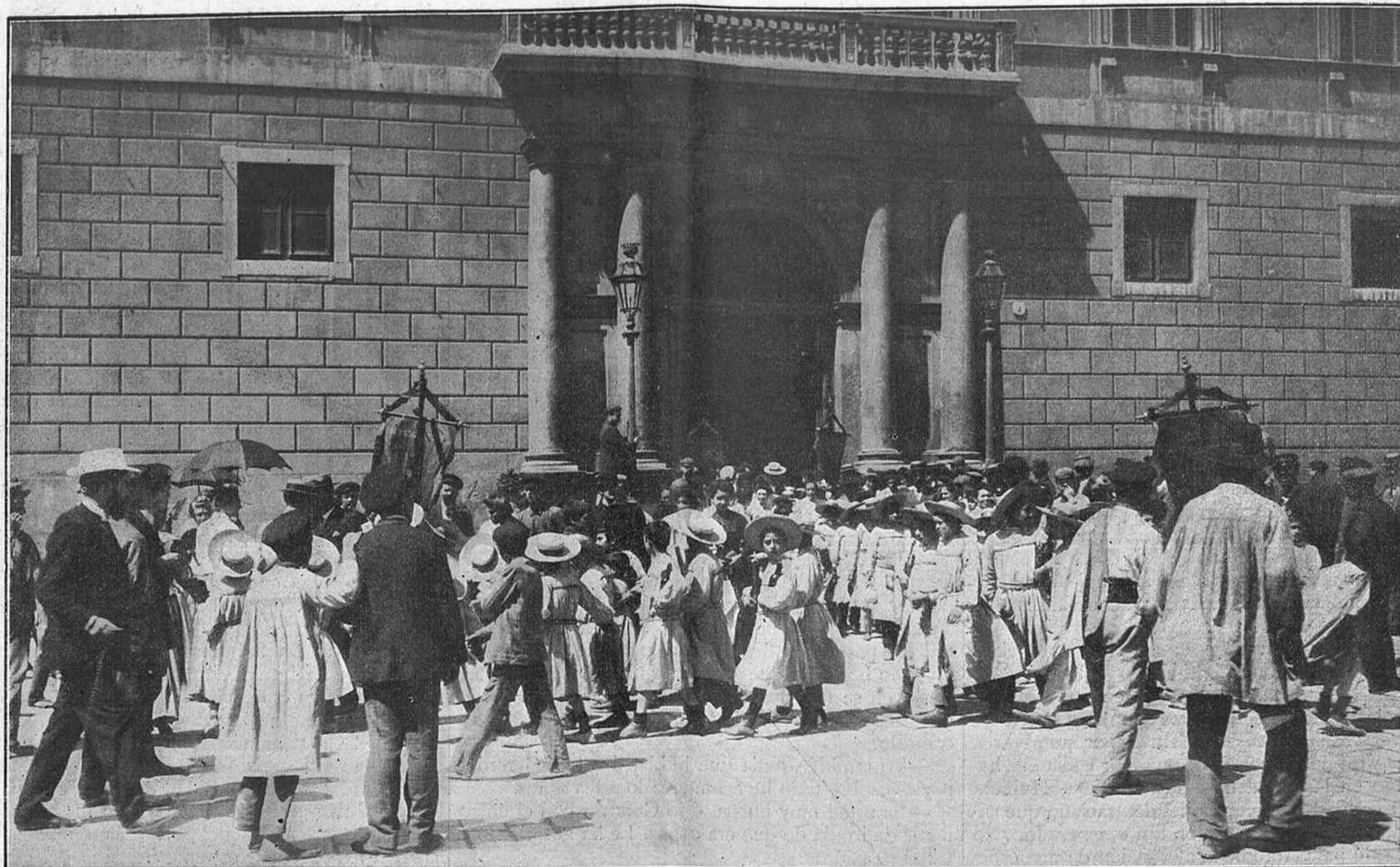
Gerardo seguía hablando en frases entrecortadas y con la pobreza de palabras que pintaba los sentimientos y los hechos en crudo y sin matices:

—Sí, mejor sería... Si yo tuviese una naturaleza de verdugo hubiera obrado voluntariamente y no tendría remordimientos... Entonces me burlaría de lo que se piensa... Pero es mucho peor... Ha muerto por mi causa... Sin quererlo yo, pero por mi culpa... ¡Eso es lo espantoso!.. No me consolaré jamás... Parece que estoy viendo aquel camino que tomé... Se marchó enfadada, en un momento de nervios... Debí seguirla... Y no lo hice... «Anda con Dios, y rabia á tus anchas»... Yo también estaba nervioso, y contuve mi caballo... Parece que la veo marcharse... ¡Ah! La pobre muchacha...

—¡Dios mío!, gimio Cristiana anegada en llanto. ¡Antonieta querida!.. Y añadió cuando estuvo un poco serena: ¿por qué me dice usted eso? Bastante era haberse explicado con mi padre...

El hombre singular con quien la joven hablaba pasó de repente del abatimiento á una cólera casi indignada y exclamó:

(Se continuará.)



BARCELONA. — REGRESO DE LAS COLONIAS ESCOLARES ORGANIZADAS POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA BARCELONESA DE AMIGOS DEL PAÍS.
PASO DE LAS COLONIAS POR LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN. (De fotografía de Enrique Castellá.)

BARCELONA. — LAS COLONIAS ESCOLARES

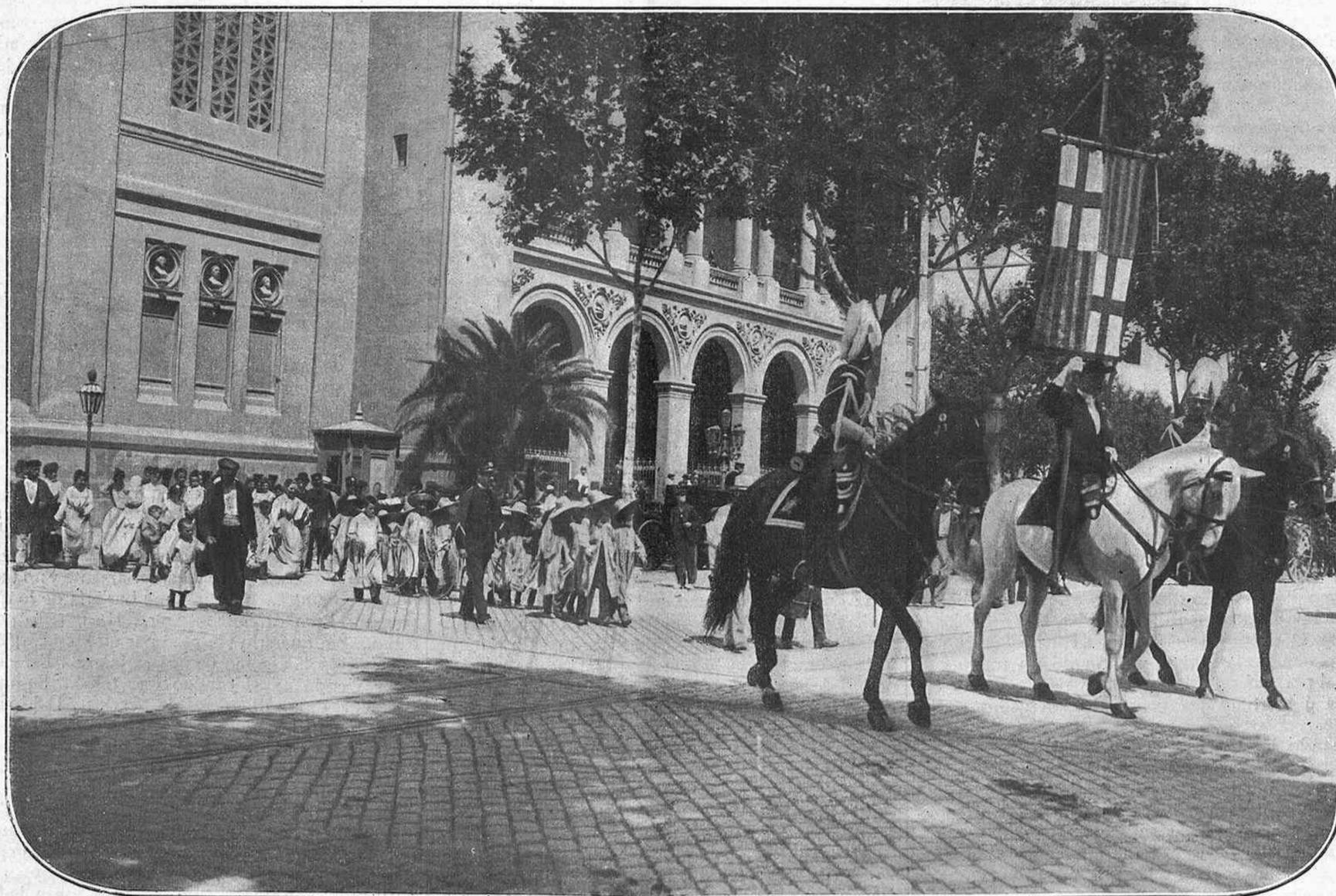
Desde hace algunos años, la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País viene organizando, cada vez con mayor éxito, colonias escolares y proporcionando con ello á un gran número de niños los placeres del verano en el campo, tan provechosos para el espíritu como para el cuerpo. Las de este año han sido seis, formadas cada una por veinte peque-

ñuelos, y se han instalado: una de niños y otra de niñas en Tona; dos de niñas en la Gleva y en San Pedro de Torelló, y dos de niños en Alella y en una finca de los alrededores de Sabadell, puntos para los cuales salieron el día 5 del pasado agosto.

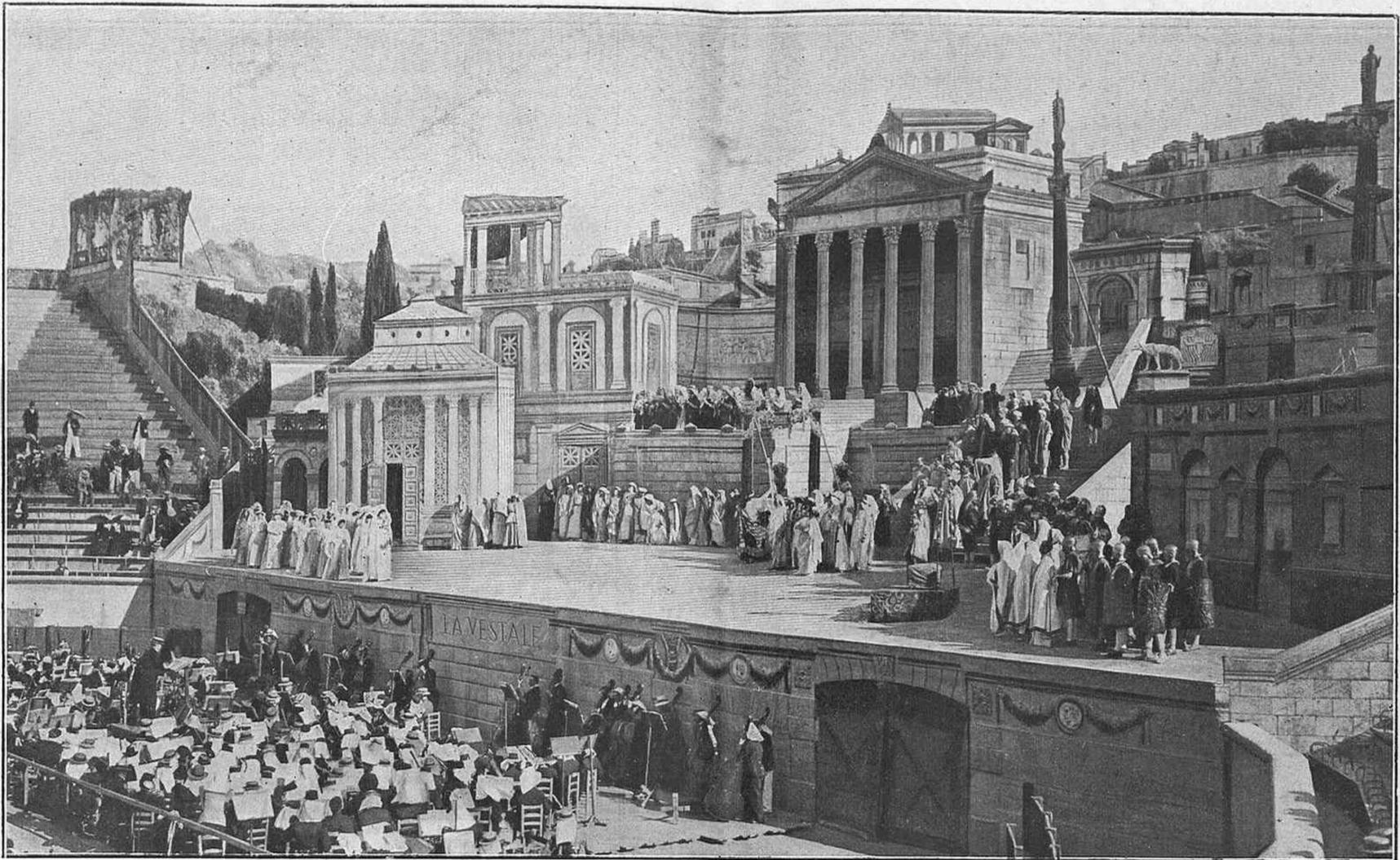
El Ayuntamiento, siguiendo el laudable ejemplo de la Económica, ha organizado por vez primera este año seis colonias escolares municipales, tres de niños y otras tantas de niñas,

de 20 individuos cada una, que han permanecido un mes en San Celoni, Collbató y Llinás las primeras, y en San Felio de Codinas, Vilasar de Mar y Caldas de Montbuy las segundas.

El regreso de las colonias de la Económica se efectuó el día 30 y el de las del Ayuntamiento el 31 de agosto; y lo mismo unas que otras fueron solemnemente recibidas por aquella sociedad y por la corporación municipal. Presenciando el desfilé de aquellas criaturas tostadas por el sol, contemplando la sa-



BARCELONA. — REGRESO DE LAS COLONIAS ESCOLARES ORGANIZADAS POR EL AYUNTAMIENTO. SALIDA DE LAS COLONIAS DEL PALACIO DE BELLAS ARTES PARA DIRIGIRSE Á LAS CASAS CONSISTORIALES. (De fotografía de Enrique Castellá.)



BEZIERS. — REPRESENTACIÓN DE «LA VESTALE», ÓPERA DE SPONTINI, EN LAS ARENAS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

tisfacción y la alegría que todas ellas rebotaban, hasta los más indiferentes sentíanse emocionados y no podían menos de aplaudir las iniciativas de las dos entidades, gracias á cuyos desvelos son accesibles á los niños pobres los gozes que parecían exclusivamente reservados á los ricos. ¡A cuántos de esos párvulos habrán salvado esas semanas de vida campestre de las asechanzas de esos males que se ceban en los organismos infantiles débiles!; Cuántos más podrían salvarse si todos los que pueden contribuir á la hermosa obra comenzada por la Económica y secundada por el Ayuntamiento!

Ensalcemos todos esa obra como se merece; pero aportemos también todos á ella nuestro concurso para que el número de las colonias escolares vaya aumentando de año en año en progresión geométrica, hasta que llegue un día en que se cuenten por miles los niños que las formen. Con ello llevaremos la vida

y la salud á los hogares humildes; quizás llevaremos también semillas de sentimientos que, germinando en cuerpos y en almas sanos, maten envidias, extingan odios y engendren ideas de gratitud y de amor. Y cuando esto suceda, ¿no podrán considerarse pagados con usura los pequeños sacrificios que se necesitan para lograr tan grandes resultados?

REPRESENTACIÓN DE «LA VESTALE»

ÓPERA EN TRES ACTOS DE SPONTINI, EN LAS ARENAS DE BEZIERS

La ópera escogida para ser representada este año en las Arenas de Beziers ha sido *La Vestale*, de Spontini, que aunque cuenta un siglo de existencia, no ha perdido nada de sus

encantos, á pesar del tiempo transcurrido y del profundo cambio que ha experimentado el gusto de los públicos.

La Vestale ha sido cantada en Beziers por artistas tan notables como las Sras. Paquot-Dassy y Bastien, y los Sres. Duc, Delmás y Cazeneuve, y puesta en escena con un lujo y una propiedad admirables. La inmensa y soberbia decoración, cuyo efecto grandioso puede apreciarse en el grabado de esta página, es obra de M. Jambón. La orquesta constaba de 250 profesores, el cuerpo de coros de 150 individuos de ambos sexos y el de baile de 60 bailarinas procedentes de la Scala de Milán.

A la representación, que ha sido un éxito inmenso para todos cuantos en ella han intervenido, asistieron muchas notabilidades literarias y musicales, entre ellas el maestro Saint-Saens.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.*

Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVOË, DUSSE*, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Interlaken (Suiza).—Reloj de flores del Parque. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{ta})

Ese reloj señala exactamente las horas, los minutos y los segundos. Los números del año 1906 y las cifras de las horas y las divisiones de los minutos están formados por florecillas de distintos colores

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE
de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C^{ta}, 40, R. Bonaparte, París.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS
JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et C^{ta} Bst-Denis

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faubst St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN